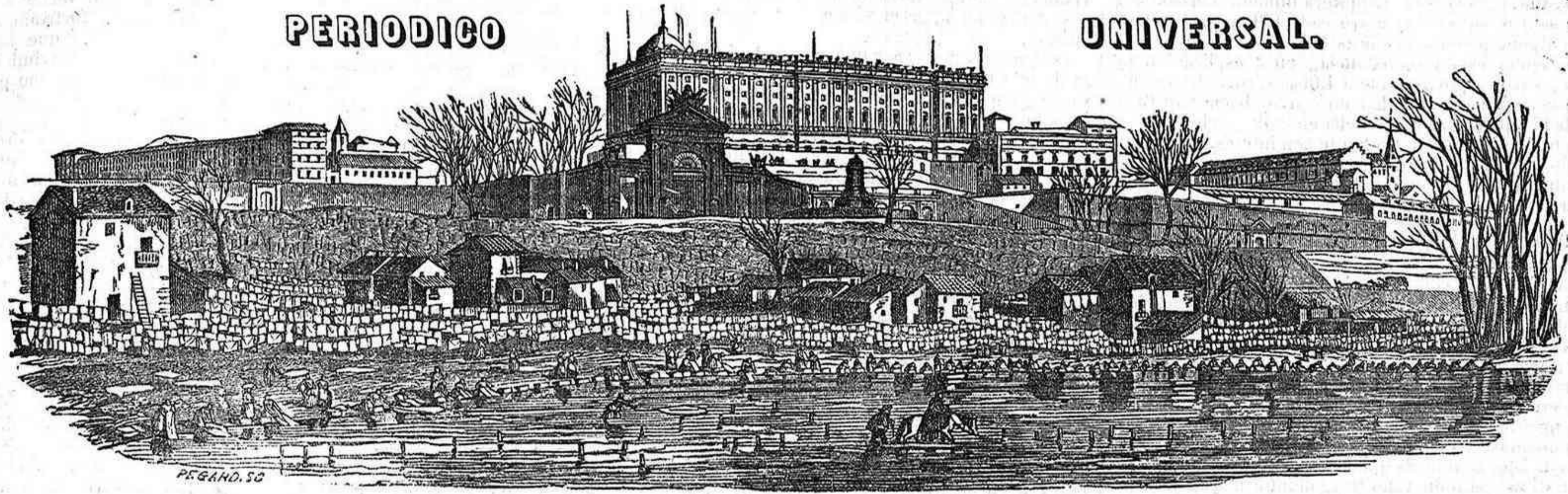


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 52.—SÁBADO 25 DE DICIEMBRE DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 50.

ADVERTENCIA.

Con este número se reparte la gran vista interior del Palacio de Cristal que teníamos ofrecida y que puede encuadrarse doblada al frente de este tomo. También se distribuyen hoy las portadas y cubiertas, con lo cual queda redondeado el volumen de 1852.

Próximo á abrir el de 1853, nos parece oportuno insistir en lo que hemos dicho en el prospecto; nuestra intencion, y pronto lo demostraremos, es que LA ILUSTRACION se coloque desde el 1.º de enero al lado de las publicaciones de su género que aparecen en el extranjero; para ello hemos reunido todos los elementos necesarios, y estamos dispuestos á hacer cuantos esfuerzos requiera el fin que nos proponemos; tenemos preparada una excelente coleccion de artículos, interesantes todos, cada cual en su género; contamos con primorosos grabados debidos á los mejores artistas de Francia, Alemania é Inglaterra, y estamos dispuestos á abrir en Madrid todos los necesarios para consignar los sucesos de actualidad que preocupen al público. Pero, lo decimos francamente, la suscripcion con que hoy contamos, suficiente para sostener LA ILUSTRACION tal como ahora se publica, no basta para sufragar los gastos que estamos decididos á hacer para mejorarla. Nosotros ponemos de nuestra parte cuanto podemos; de nuestros suscritores esperamos que no contentos con dispensarnos su constante apoyo, nos le presten mas eficaz aun estimulando á sus amigos á que se abonen á LA ILUSTRACION, en la seguridad de que procuraremos que no tengan por qué arrepentirse de ello.

REVISTA DE TEATROS.

Escasa de novedades dramáticas ha sido la última quincena.

En el PRINCIPLE se ha representado una comedia nueva original, en tres actos y un prólogo, de D. Eugenio Rubí, titulada *Caridad y recompensa*. El asunto es poco notable; el prólogo es bastante pintoresco y divierte; el acto primero tiene interés; los dos últimos son bastante lánguidos; hay trozos de versificación muy débiles y algunos diálogos muy buenos. La comedia gustó y el autor fué llamado á la escena. La señora Palma y el señor Romea representaron muy bien sus respectivos papeles.

La compañía de VARIEDADES quedó rendida de cansancio después de las representaciones del drama *Angela*. No es extraño: las situaciones terribles, el veneno y sus consecuencias han producido su efecto, y los actores han tenido necesidad de tomar aliento antes de emprender una nueva campaña. Por eso se han limitado á repetir algunas obras ya conocidas del público, y á poner en escena dos piecitas traducidas, titulada la una *Un amor imposible*, y la otra *La imagen*. El público las recibió con benevolencia conociendo que se le daba este espectáculo por via de intermedio.

También el teatro del INSTITUTO ha dado otra nueva traducción, titulada *Un hombre célebre*. El original es de Scribe, y siempre hay algo notable donde Scribe pone mano. Los espectadores se divertieron y los actores quedaron contentísimos de haber proporcionado al público un buen rato.

Después de las representaciones del *Valle de Andorra* se han cantado en el Circo dos nuevas zarzuelas. *La flor del Zurguen* y el *Amor por los balcones*, música del señor Izenaga. La primera fué oída con circunspeccion, la segunda gustó bastante. El libreto de la última es del señor Navarrete.

En la última semana han tenido las empresas profundas meditaciones, antes de preparar las funciones de Navidad.

Las comedias que se representan en estos dias no son generalmente de importancia; pero el público está trastornado con el ruido de las chicharras y con las digestiones difíciles, y oye con benevolencia todo cuanto se le dice. Además las empresas saben que el público tiene precision de ir al teatro en estos dias, y solo piensan en presentarle una coleccion de títulos á cual mas variados y llamativos.

A estas horas han sido ya juzgadas las comedias de Navidad por una parte del público, pero otra parte no las habrá juzgado todavía, y por si á esta pertenecen algunos de nuestros lectores, vamos á darles cuenta de todas ellas, para que elijan cómodamente sin necesidad de estar de planton en alguna esquina, espuestos á que algun aguador le arroje al suelo el sombrero al pasar con la cuba, ó á cualquiera de los

demás percances á que se esponen con frecuencia los aficionados á leer carteles.

En el teatro del PRINCIPLE se representará por la tarde una comedia nueva en dos actos, escrita en francés por Bayard y arreglada á la escena española con el título de la *Rueca y el cañamazo*. Una zarzuela en un acto titulada *Los dos Venturas*, y el sainete *La casa de tócame Roque*, por los principales actores.

Por la noche una comedia nueva en tres actos, también de Bayard, titulada *El rábano por las hojas*; la zarzuela nueva *Salvador y Salvadora*, y el sainete *La comedia de Maravillas*, también representada por los principales actores.



Goëtte.

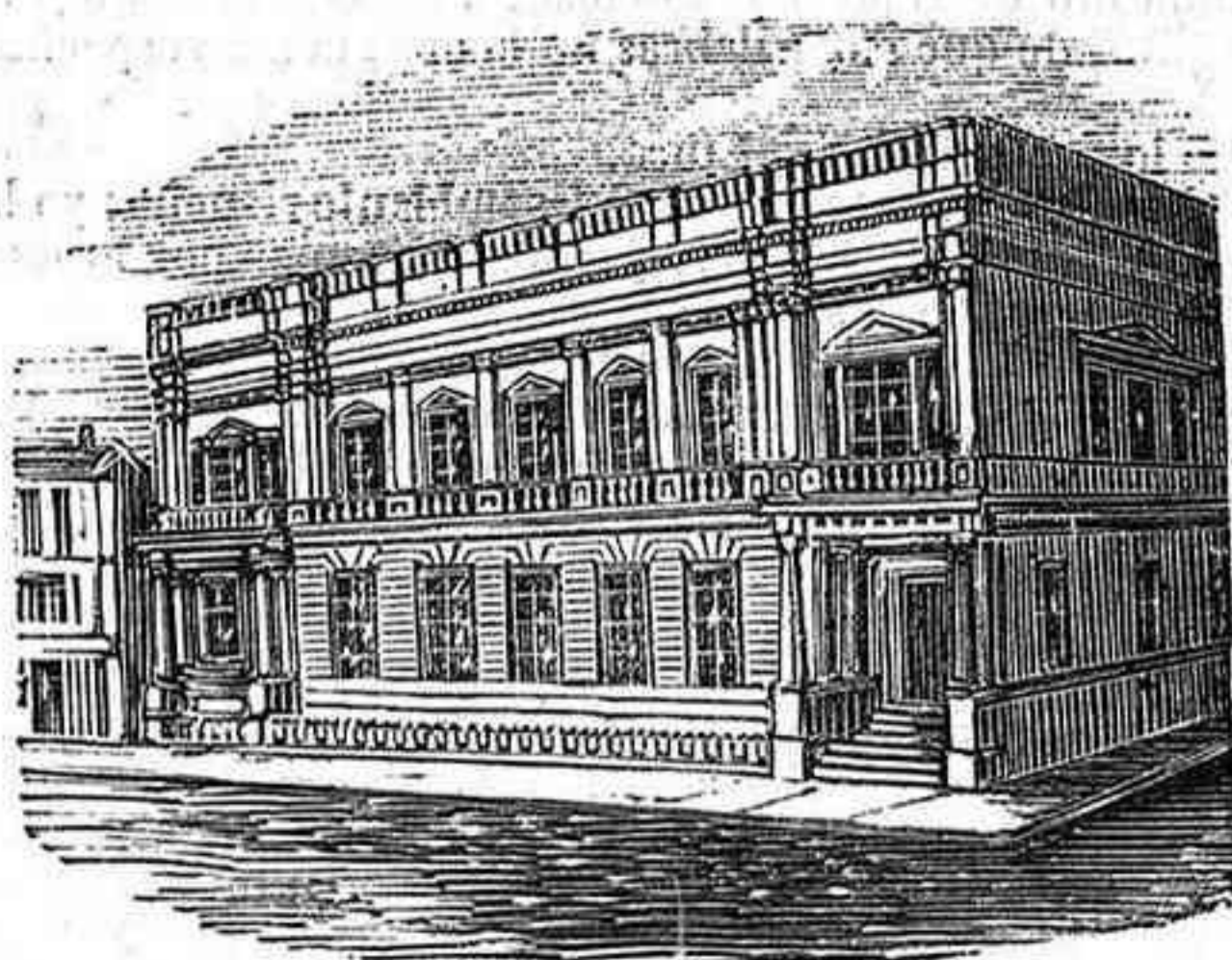
En VARIEDADES por la tarde, la comedia en dos jornadas, ya representada, *La Bolsa y el Rastro*, y el sainete titulado *Las figuras de movimiento*.

Por la noche la comedia nueva, original de tres escritores, titulada *El peluquero de S. A.*, y el sainete *El buñuelo*, representado por los primeros actores.

En el Circo por la tarde la obra nueva, en dos actos, con música, titulada *Don Ruperto Culebrin*; un baile, y la pieza cómica-lírica con el título de *Gracias á Dios que está puesta la mesa*.

Por la noche *El valle de Andorra*.

En el INSTITUTO por la tarde una comedia nueva, original, en tres actos, titulada *La consola y el espejo*: un á propósito



Casa de lord Wellington en Londres.

cómico-lírico que lleva por título ¡Pollos! ¡Pollos! y el baile jocoso titulado *Don Marcelino*.

Por la noche la comedia nueva, original y en verso, titulada *El cuello de una camisa: La camisa sin cuello*, pieza en un acto, y el baile nuevo, titulado *La camisa entera*.

Por la tarde en el teatro de la Cruz la comedia nueva, en tres actos, *La dama del oso*, y un baile nuevo en un acto titulado *Navidad y sus pastores ó El portal de Belen*.

También el teatro del DRAMA ha dado señales de vida para recoger los dones del recién nacido, con cuyo objeto se ha organizado una compañía interina. Por la tarde representan la comedia *El rey de los criados ó acertar por carambola*, y el juguete cómico en un acto *El ventorrillo de Alfarache*.

Por la noche un disparate cómico que se titula *Peligros de Madrid*; intermedio de baile nacional, y la comedia nueva en un acto titulada *Los amantes de Rosario*.

En resumen:

Doce sinfonías.

Ocho comedias en dos ó mas actos, entre originales y traducidas.

Dos piezas en un acto.

Cuatro sainetes.

Cinco zarzuelas.

Siete bailes.

Un á propósito.

Un juguete.

Y un disparate.

La cosa no puede ser mas variada.

UN CORAZON DE NIÑA.

En el verano del año de 1844, habitaba un amigo mio cerca de Nanterre, en Francia, una casita de campo á la que iba yo con frecuencia á descansar á su lado de los disgustos y vicisitudes de la vida cortesana. Me habia hecho parroquiano del camino de hierro de San German, pero habia en la preferencia que yo daba al impetuoso wagon sobre el pacifico celerifero, otro motivo mas influyente que el deseo imperioso de llegar con velocidad á todas partes, que es la enfermedad epidémica incurable de nuestra época. Era una jóven de diez y siete años que desempeñaba en Nanterre las funciones de cobradora.

Habia yo notado en mi primer viaje la finura y pureza de sus facciones, la hermosura de sus cabellos y la esbeltez de su talle. Sin embargo, me hubiera limitado á concederle esa admiracion momentánea, que es el tributo general de un hombre á toda muger bien parecida, si no hubiera descubierto en el rápido exámen que hice de su fisonomía, contrastes sorprendentes, que escitaron extraordinariamente mi curiosidad. Sus ojos manifestaban las señales comunes de la alegría, de la vivacidad, y sin embargo, su mirada era sombría, su rosada y diminuta boca, que al abrirse dejaba ver dos sartas de perlas, parecia haber sido hecha espresamente para sonreirse, y no obstante, sus labios oprimidos generalmente entre sí formaban un gestecillo que se avenia indudablemente con un carácter triste y fantástico; se notaba en fin en sus ademanes y en su continente una aspereza que contrastaba sobremanera con la gracia y delicadeza de sus formas.

Esto me chocó al pronto; después pensé que lo que me parecia un reflejo de su carácter, podia provenir solamente de un estado pasajero del alma; reflexioné que la juventud y la belleza no son siempre garantías infalibles de felicidad: de una en otra suposicion llegué al estremo de experimentar un deseo irresistible de hallar la solucion de un enigma que interesaba tan vivamente mi sensibilidad como mi curiosidad.

Un domingo me habia sentado en el despacho, esperando que llegara la hora en que salia el convoy para París; hacia algun tiempo que procuraba hallarme allí lo menos un cuarto de hora antes de que pasaran los carruajes. Habia aquel dia una fiesta en los alrededores de San German. Toda la juventud de Nanterre parecia haberse citado en la estacion; los semblantes estaban alegres; se esperaban con impaciencia los veloces wagoes que debian trasportar en pocos minutos aquella multitud bulliciosa al sitio de la fiesta; para disipar el fastidio que causa siempre la espera, reian, cantaban y hablaban todos á un tiempo, se referian mutuamente

los incidentes de la última fiesta, y se participaban los proyectos de diversion para la de aquel día. Noté que Luisa, — este era el nombre de la linda cuadrada, — estaba mas pálida y mas triste que otras veces; cualquiera hubiera pensado que sacaba con sentimiento del registro cada billete, sobre todo cuando era alguna jóven la que le pedía.

Me sorprendió esta circunstancia, cuya explicacion no podía hallar, y para aproximarme á Luisa aproveché el momento en que acababa de marchar un convoy hacia San German y me habia quedado solo con ella en el despacho.

—¿Padece V., señorita? la pregunté con interés.

—¿Yo? no señor, no lo crea V.

El decaimiento de sus miradas y la alteracion de su voz, daban un mentís formal á esta negativa.

—Me al gro infinito, la dije entonces no queriendo que me tachase de indiscreto si yo insistía: sería lástima verdaderamente el hallarse enferma en un día tan hermoso, en medio de todas esas caras que solo respiran alegría y animacion.

Luisa me miró fijamente sin decir una palabra, pero hubo en aquella mirada una expresion de reconvenccion que me impresionó profundamente; me turbé y sentí que los colores me salían al rostro cual si acabara de decir una necesidad; empecé á tartamudear torpemente algunas palabras para disculparme, cuando la llegada del convoy que estaba esperando para marcharme, me sacó de mi situacion embarazosa. Llevé en la memoria, como una especie de recordamiento, el recuerdo de aquella mirada que expresó á un tiempo indignacion y tristeza, pero en vano traté de atormentar mi imaginacion, pues no pude hallar explicacion de aquel misterio.

Otro día me habia colocado, segun costumbré, á corta distancia de Luisa, y de modo que no se me escapara ni su mas mínimo movimiento, cuando un viajero la pidió un billete para París. Era un jóven de hermosa figura, y de un porte elegante y distinguido. Tomó el billete y le pagó con la mayor indiferencia imaginable, y sin fijar su atencion ni un momento en la persona que se le daba. Creí notar que la mano de Luisa temblaba extraordinariamente al dárselo. Siguió con la vista al viajero hasta que salió, y entonces vi destilarse dos lágrimas por sus mejillas. En el mismo instante se encontraron nuestras miradas: volvió bruscamente la cabeza, se enjugó los ojos á hurtadillas, y solo me volvió á mirar cuando consiguió hacer asomar á sus labios una sonrisa, cuya afectacion me hizo daño.

Desde aquel día me hallé con frecuencia en el despacho á la misma hora que el espresado jóven; no volví á ver asomar el llanto á los ojos de Luisa, pero su semblante se cubria de una palidez mortal; era evidente que sostenia una lucha violenta consigo misma para ocultar á mis indiscretas miradas la emocion que le causaba la presencia del hermoso viajero.

Esta emocion ¿cómo interpretarla? Luisa no habia dirigido la palabra al jóven ni una sola vez; este la hablaba con esa finura que denota siempre una buena educacion; sin embarazo, sin afectacion, y se despedía invariablemente de ella con esta fórmula.

—Mil gracias, señorita.

Era evidente que no existía entre ellos relacion alguna, y sin embargo, el jóven, aunque no parecia sospecharlo siquiera, ejercía sobre la pobre Luisa una influencia positiva y poderosa; este era un hecho del que no me permitian dudar mis observaciones.

Hacia fines del mes de junio, una tarde que esperaba yo como siempre el convoy de San German, llegó el de París, y se apeó un lacayo de gran librea que entró en el despacho después de haber recogido una caja de grandes dimensiones.

—Hombre, buenos días, Felipe, le dijo un mozo que parecia ser amigo suyo.

—Buenos días, Pablo, buenos días.

—¿Qué casualidad te trae por esta tierra? Esta es la primera vez que te se ve por aquí desde que te marchastes á París hace tres años á buscar fortuna.

—Es verdad, pero de aquí en adelante me vereis con mas frecuencia; tendré, como se suele decir, un pié en París y otro en Nanterre.

—Me alegro mucho; ¿y á quién podrá agradecerse el haber hallado un antiguo camarada?

—A Mr. de Luzancy, mi amo, que se casa con una de nuestras aldeanitas, la señorita de Valmonzey.

—Diantre, un buen partido; tiene tres ó cuatro posesiones de las mejores que hay en esta comarca.

—Por eso traigo para ella uno de los canastillos mas suntuosos que han salido del almacén de modas de Delille.

Se marcharon los interlocutores, y solo entonces noté el efecto que habia producido esta conversacion en Luisa: estaba estendida sin movimiento en su sillón, con los ojos cerrados y la cabeza caída hacia atrás. Corrí á su lado presuroso, y apliqué un frasco de sales á su nariz, tardando aun algunos minutos en recobrar el conocimiento.

Al volver en sí miró con inquietud á su alrededor, y pareció tranquilizarse al ver que me hallaba solo en el despacho; me dió las gracias y me rogó que la perdonara la molestia que me habia causado su accidente, atribuyéndole al calor, que efectivamente era excesivo; después empecé á hablarle de cosas indiferentes; pero inútil fué que tratara de manifestar tranquilidad; el llanto mal comprimido ahogó su voz, y torrentes de lágrimas inundaron sus mejillas.

Si un momento podía parecerme favorable para obtener una confidencia, era aquel seguramente, y debo añadir que si yo tenia un vivo deseo de ello, no era ya por obedecer á una curiosidad frívola. Me sentía impulsado hacia aquella jóven desgraciada por una simpatía franca y verdadera, por un afecto fraternal; adiviné que se representaba en su alma uno de esos dramas misteriosos que marchitan y devoran la existencia; hubiera deseado, ya que mi poder no alcanzara á cicatrizar las llagas de aquel corazón ulcerado, derramar en él al menos el bálsamo del consuelo.

En cuanto pronuncié las primeras palabras me interrumpió la infeliz:

—Por piedad, caballero, no me haga V. preguntas.

—Veo que V. me confunde con esos preguntones importantes para quienes el relato de las desgracias ajenas no tiene otro resultado mas que el de procurarles la diversion de una emocion pasajera, cual si leyeran una novela.

—No, respondió Luisa, no le juzgo á V. de esa manera; creo en la sinceridad de la compasion que V. me manifiesta,

y es V. la única persona á quien me atrevo hoy á mirar cara á cara después de mis momentos de debilidad.

—Y hace V. muy bien, Luisa, no me interesaría V. mas vivamente aunque fuera V. hermana mia.

—Ah! gracias, gracias! me dijo estrechando mi mano con efusion.

—Pues entonces ¿por qué rehusa V. hacerme una confianza de que me cree digno? Abreme V. su corazón: disminuya sus penas haciéndome partícipe de ellas; se sufre doble cuando se sufre en secreto.

Luisa pareció vacilar un momento: yo aumenté mi porfía. —No, dijo al fin resueltamente, las ilusiones de una pobre loca deben permanecer ignoradas de todos: solo Dios las sabe, y solo de él espero un poco de fuerza y de resignacion.

Se calló y respeté su silencio.

Desde aquel día se estableció entre ambos una especie de intimidad. Sabia ya á punto fijo los días y las horas en que me marchaba; cada vez que entraba yo en el despacho, me acogía con la sonrisa en los labios, como se recibe á una persona cuya vista agrada, y aun me regañaba afectuosamente las veces que, detenido por algun asunto urgente, llegaba en el momento precisamente de marchar el convoy. Por mi parte, cuanto mas la veía mas me aficionaba á aquella jóven infortunada; habia en mi corazón un eco para todos los dolores que me revelaba la languidez de su mirada y la tristeza de su sonrisa. Cuando mis ocupaciones me habian obligado á permanecer algunos días en París, me ponía en camino con la misma impaciencia que si fuera á ver á una madre ó á una hermana, y en el viaje mi imaginacion, ocupada exclusivamente de Luisa, me la representaba unas veces risueña y consolada, y otras mas triste y abatida que lo que yo la habia dejado la última vez; alternativa de esperanza y de aprension que me atormentaba hasta el momento de llegar.

Ay! mis esperanzas no se realizaron nunca, al paso que mis temores siempre fueron pequeños en comparacion de la realidad que hallaba. El sentimiento, destructor mas rápido que el tiempo, consumía la existencia de Luisa con una actividad devoradora. En el mes de mayo habia yo visto á aquella hermosa jóven por primera vez, algo triste y pensativa, pero radiante de juventud y belleza; estábamos á la sazón á últimos de setiembre, y de todo aquel brillo nada quedaba ya. El llanto habia enrojecido sus párpados y amortiguado el fuego y viveza de sus miradas; sus mejillas hundidas y macilentas no habian conservado de su frescura mas que unas rosetas encarnadas, indicio de la calentura que minaba su existencia; sus labios estaban secos y descoloridos; su mano abrasaba la mia cuando me la daba con amistosa expresion; solo su voz, cuya articulacion era sin embargo algo mas gutural, habia conservado inalterable aquel timbre encantador que me apasionaba y me enternecía. Su andar era tan lánguido y vacilante que no podia dar veinte pasos sin que le faltara la respiracion. No era necesario ser un observador hábil y perspicaz para conocer que la vida se retiraba poco á poco de aquel cuerpo tan frágil que no era ya ni su sombra.

Una tarde me dijo:

—Le esperaba á V. con impaciencia, amigo mio.

—¿Le ha sucedido á V. algo bueno? la pregunté con interés.

—Pero me bastó mirarla para conocer que mi suposicion carecia de fundamento.

—No, añadí entonces con una emocion que no fuí dueño de contener; sus ojos de V. están enrojecidos por las lágrimas, y desde ayer ha llorado V. mas que otras veces.

—Tranquícese V.: no soy mas feliz ni mas desgraciada que antes, pero tengo que pedirle á V. un favor.

—Hable V., Luisa, hable V., no dude V. del placer que me dará el poderla ser de alguna utilidad.

—Lo que exijo de V. no es muy difícil; pero es de mucho interés para mí. Mi madre se ha alarmado con el estado de mi salud, y me ha pedido que deje el destino que desempeño aquí, para disfrutar de un descanso que el médico considera necesario: yo me he negado á ello.

—Ha hecho V. mal, Luisa.

—No señor, he hecho bien; este destino, que tanto maldije en otro tiempo, me es hoy muy necesario, y permaneceré en él mientras viva, á no ser que me le q. iten.

Comprendí por la energía de sus palabras que era inútil el tratar de disuadirla. Luisa prosiguió después de un instante de silencio:

—Mi madre, viendo que me afligia su insistencia, accedió á mis deseos, y yo por mi parte he consentido en que venga en lo sucesivo á estar aquí conmigo, para que me ayude en el trabajo y me evite el cansancio. Mañana ya, amigo mio, no me encontrará sola en este despacho; las palabras que V. me dirija serán oídas por la mejor, la mas tierna y la mas sensible de las mugeres; haga V., pues se lo ruego, que esas palabras no hagan entrar la desesperacion en su alma.

—¿Qué quiere V. decir con eso?

—Que mi pobre madre se hace aun ilusiones sobre el estado de mi salud; cree que solo padezco una indisposicion de que triunfará la fuerza de mi juventud... Pero si ella conociera la causa de mi mal, si ella supiera que una pena profunda, desgarradora, aniquila á su hija, una de esas penas que solo se curan con el olvido de la tumba, no habria ya para ella ni un momento de reposo y felicidad. Por consiguiente cuide V., repito, de que sus palabras no la obliguen á sospechar la verdad.

—Se lo prometo á V., Luisa.

—Muéstrese V. ante ella con el semblante risueño; yo haré lo posible por imitarle á V., y conseguiremos por lo menos robar algunos días á su dolor.

Iba yo á interrumpirla; pero prosiguió.

—Sé muy bien lo que me va V. á decir; me acusará V. de verlo todo demasiado negro y de renunciar harto pronto á la esperanza; me citará V. ejemplos de curaciones mas inesperadas que la mia; pero evitaré que haga V. esfuerzos infructuosos, dejándole leer lo que pasa en mi corazón. Sí, quiero confiar hoy á su amistad de V. ese secreto que el rubor me impidió revelar á V. hace algunos meses; es la única prueba de gratitud que puedo dar á V....

De repente se estremeció Luisa; dos personas acababan de entrar en el despacho para tomar billetes; una era Mr. de Luzancy, el jóven que tanto impresionaba á Luisa, y la otra era una muger jóven y linda, que se habia casado hacia poco tiempo con él. Luisa se repuso y entregó los billetes; al mismo

tiempo llegó el convoy, y Mr. de Luzancy se apresuró á subir en uno de los carruajes con su esposa. En su precipitacion olvidó una rosa que llevaba en la mano cuando entró y que habia puesto inadvertidamente sobre la mesa de Luisa. Yo me habia levantado para ver marchar el convoy. Al volver á mi sitio, vi á Luisa que cogía la rosa y la escondía furtivamente en el pecho: se puso muy encarnada al conocer que yo la habia sorprendido, pero venciendo después aquel movimiento pasajero de vergüenza, y tendiéndome la mano como para solicitar mi indulgencia, me dijo:

—¿Qué importa, puesto que lo va V. á saber todo?

La historia de la pobre Luisa era muy sencilla; no ofrecía esa acumulacion de incidentes extraordinarios que usan nuestros novelistas actuales para estimular nuestro apetito literario, saciado ya por la mucha lectura. Héla aquí, tal cual ella me la refirió:

—Soy hija de un pobre oficial que no trajo de sus campañas mas que una pension mezquina, una cruz ganada gloriosamente en los campos de batalla, y las cicatrices frescas aun de las muchas heridas que en ellos recibió. Mi niñez transcurrió en un colegio de París, y fuí tan feliz como si hubiera nacido en la opulencia. Mis padres, cuyo cariño hacia mí rayaba en idolatría, se imponían las privaciones mas crueles para poder sostener los gastos de mi educacion. Ignoré esta circunstancia hasta la muerte de mi padre, pues tal fué el esmero que tuvieron para ocultarmela, con el objeto de no turbar mi alegría y mis placeres; pero al fin tuve que saber la verdad cuando se quedó viuda mi madre, sin mas recurso que un socorro insignificante que la daba el ministro de la Guerra, y que bastaba apenas para darla un pedazo de pan diario. Salí entonces de la pension y quise ser á mi vez el sosten y apoyo de la que se habia sacrificado tan generosamente por mí. Un amigo antiguo de mi familia ocupaba una posicion importante en la administracion del camino de hierro de San German, y me hizo obtener el destino de cobradora de la estacion de Nanterre.

Desgraciadamente habia yo permanecido cinco años entre muchas niñas que pertenecian todas á familias ricas. Tratada absolutamente lo mismo que ellas, me habia acostumbrado á considerar aquella igualdad del presente como una condicion precisa del porvenir. En todas las conversaciones, en todos los proyectos de mis compañeras, no se hablaba sino de placeres y fiestas: yo decia entre mí: Yo participaré de ellas, y se exaltaba mi imaginacion, me veía disfrutando la vida de los salones, arrastradas en el torbellino de los bailes, aplaudida en los conciertos, y fijando todas las miradas, conquistando todos los obsequios; me embriagaba con mi felicidad y con mis futuros triunfos!...

Juzgó V. el vacío atroz en que me hallé sepultada cuando vi desgarrar bruscamente el velo de mis ilusiones brillantes.

Pero como si la privacion no fuera un castigo bastante severo para mis sueños de niña, la suerte me colocó en una posicion que me era aun mas cruel, poniendo sin cesar ante mi vista la felicidad de los demás. Cada domingo, cada día de fiesta, veía pasar millares de muchachas lujosamente ataviadas, alegres y felices; se presentaban á mí una por una, y las distribuía los billetes deseados. Envidiaba sus sonrisas, con las cuales no podía mezclarse la mia; envidiaba el aire satisfecho que brillaba en sus semblantes y que no podía reflejar el mio; ellas se lanzaban ligeras y gozosas en pos de los placeres, al paso que yo permanecía inflexiblemente clavada detrás de esta mesa; aquí estaba cuando se marchaban, aquí cuando volvían, y siempre aquí, esclava de sus goces, sin disfrutar nunca de ellos!...

—Pobre Luisa ¡Ahora comprendo aquella mirada triste, aquellos gestos impacientes cuyo motivo trataba yo de adivinar! Sufriera V. cruelmente?

—Ah! sí, pero no me faltó el valor; la razon vencía siempre, y hallaba nuevas fuerzas al pensar en mi madre. Además no tengo malas inclinaciones, y hubiera conseguido dominar aquellos movimientos de envidia y despecho que no se venían bien con mi corazón. Lo que debia vencerme y traerme al estado en que me hallo, era un sentimiento mas nuevo para mí y mucho mas poderoso que la aficion á los placeres...

—Su apresuramiento de V. para guardar esa flor me lo ha revelado todo; y al decir esto la señalé la rosa, de la que se escapaban indiscretamente algunas hojas por el pecho.

—No se ha engañado V., amigo mio, sí, la causa verdadera del mal que me lleva al sepulcro á pasos agigantados es un amor sin esperanza, un amor que ni siquiera le sospecha el que le ha inspirado, y al cual no podria corresponder aunque llegara á saberlo. Desde el primer día en que á vi Mr. de Luzancy, comprendí que iba á ejercer una influencia grande en mi destino. Ese es, pensaba yo, el hombre que hubiera obtenido mi amor si se hubieran realizado mis sueños dorados del colegio; y á pesar de conocer la distancia inmensa que nos separaba, me apasioné de él perdidamente. Al pronto fué un sentimiento tierno, del que me dejé llevar insensiblemente, pero pronto llegó á ser una pasion profunda, invencible, que no cesó de progresar, y que progresará siempre hasta que me precipite en la huesa. Yo sabia que amaba á otra, que solo por ella venia aquí, y sin embargo deseaba su presencia y se me figuraba que no venia con bastante frecuencia; después ¡extraña contradiccion! apenas le veía llegar, cuando en lugar de hallarme satisfecha y feliz sentía desgarrado mi pobre corazón por todos los tormentos de los celos!... Oh! cuánto me ha hecho sufrir su casamiento! Cuánto sufro aun cada vez que le veo sonreírse con su esposa, que parece estar tan contenta y tan envanecida con poseerle!... Deberia huir de un espectáculo que me atormenta, pero tendria que renunciar entonces á verle, y este es un sacrificio superior á mis fuerzas!... Esta es la razon, amigo mio, porque me he resistido á los ruegos de mi madre; si merece algun respeto la voluntad de una muger moribunda, permaneceré detrás de esta mesa hasta que todo se acabe para mí... porque en aquel momento supremo, tal vez el cielo se apiade de mí y haga que Mr. de Luzancy se presente por última vez á mi vista... Entonces moriré mas tranquila, llevando el consuelo de que ha sido para él mi última mirada!!!...

Luisa pronunció estas palabras con una voz tan conmovida y tan débil que apenas pude adivinarlas; después se quedó pensativa, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y los ojos bajos y preñados de lágrimas. Traté de reanimar su antiguo valor hablando sucesivamente á su imaginacion y á su corazón,

¿pero qué influencia podían ejercer los consuelos y los razonamientos sobre un dolor que había echado raíces tan profundas?

Al día siguiente, según me lo había anunciado Luisa, se hallaba su madre á su lado. Pobre madre, tan fácil de engañar!... Se me oprimía el corazón cada vez que veía su semblante satisfecho contemplando las sonrisas de su hija. Oh! si hubiera sospechado cuántos esfuerzos sublimes, cuánta abnegación filial había en cada una de aquellas sonrisas!... Pero había prometido á Luisa respetar su secreto, y me hice cómplice de su piadosa mentira.

A mediados de octubre tuve que trasladarme al Havre de Gracia, adonde me llamaba un asunto de familia, que me obligaría á detenerme en aquella ciudad unos quince días. Cuando fuí á despedirme de Luisa, la felicité, delante de su madre, por la mejoría que anunciaba su semblante, me dió las gracias con una mirada que expresaba una tristeza profunda. Al marcharme la dije:

—Hasta la vuelta.

Me estrechó ella la mano y me contestó:

—Adios!

Volví á Nanterre el 1.º de noviembre. Un anciano ocupaba el sitio de Luisa en la estación; me entregó una cajita sellada en cuya tapa estaba escrito mi nombre. La abrí y contenía una rosa seca y esta esquela.

«Amigo mio: Coloque V. por sí mismo esta flor sobre mi tumba; es mi último deseo, y siento algún consuelo al confiarle á V. su realización.

»LUIA.»

Al día siguiente era el día de los difuntos; fuí al cementerio de Nanterre. Había en él mucha gente; hijos que iban á visitar las tumbas de sus padres, amigos que llevaban recuerdos y coronas á sus amigos, y personas indiferentes que convertían aquella peregrinación en un paseo público.

Me arrodillé delante de una cruz de madera, en que se leía esta inscripción sencilla.

LUIA.

DIEZ Y OCHO AÑOS.

Até la rosa al pié de la cruz, y oré.

La conversacion de dos hombres que se habían parado detrás de mí vino á turbar mi recogimiento.

—Luisa, dijo uno de ellos, toma, esta era la cobradora de la estación del camino de hierro.

—Diez y ocho años, qué joven era! dijo el otro.

—Qué lástima, morir tan pronto siendo tan bonita!

—Ah! era bonita?

—Preciosa; debe V. acordarse de ella.

—No, á fé mia; le confieso á V. que no reparé en ella nunca.

Me volví: la persona que acababa de hablar era Mr. de Luzancy.

No reparó en ella nunca... y él fué la causa de su muerte!!!

MOUMOUTE.

MEMORIAS DE UN GATO, GARRAPATEADAS POR ÉL MISMO.

CAPITULO VI.

Una superstición que se vuelve en provecho mio.—Tres meses de felicidad.—Soy incorregible.—Proyectos de fuga.—El cesto.

Os he ofrecido, gatitos queridos que me leéis, explicaros la causa de aquel recibimiento tan favorable: la supe una hora después de haber entrado en el cuarto de mi nueva ama, y la supe por una conversacion que tuvo ella acerca de mi persona con otra vieja amiga suya.

Una hora poco mas ó menos haría que me hallaba en la casa, cuando llamaron á la puerta.

—¡Ah! ¿Sois vos, comadre Pitrat? exclamó mi ama abrazando á la recién llegada. ¿Qué tal va desde hace ocho días que no nos hemos visto?

—Así, así, tal cual, respondió la comadre. ¿Y por aquí, comadre Planton? Parece que habeis rejuvenecido. ¿Qué es lo que ha pasado?

—¡Ah! No me habeis, querida porque todavía me dura la emocion... os voy á referir el caso.

—Ea pues, ya escucho, dijo sentándose la comadre Pitrat.

—He aquí lo sucedido. Ayer había funcion en la barrera del Infierno, y como yo no tenía muchas ganas de trabajar, fuí por allá á dar una vuelta, con objeto de distraerme un rato. De pronto vi, en la entrada de una especie de barraca de lienzo, á un hombre anunciando que por cuatro sueldos decia la buena ventura. Toma, dije para mi sayo, voy á saber mi suerte por poco dinero. Entré pues, y el hombre me examinó la mano y me dijo:

—No sois dichosa, pero lo sereis, porque estas líneas lo anuncian, y pronto encontrareis alguna cosa extraordinaria que será el anuncio de vuestra felicidad.

—¡Bah! murmuró la comadre Pitrat, ¿Habeis hallado esa cosa?

—Sí, replicó con acento misterioso la viuda Planton.

—Veamos, veamos, repuso la primera vivamente interesada.

—Moumoute... Moumoute... gritó mi ama.

Yo me había escondido debajo de la cama al ver á la comadre, y desde allí oí la explicacion del afectuoso recibimiento que se me había hecho. Era considerado como un nuncio de felicidad... lo cual me inspiró tentaciones de reírme en las barbas de las viejas. Sin embargo, creí que no debía abusar de las ventajas de mi posición para encerrarme en mi dignidad. Todo lo comprendí al momento, y conocí que haría cuanto quisiera en casa de aquella vieja loca, que daba á mi permanencia en su casa una virtud tan extraordinaria: hubiera sido de todos modos gran descortesía no responder al primer llamamiento de mi ama, y por otra parte, el hambre me suavizaba el carácter. Salí pues de mi fuerte atrinchero, y frotándome el lomo por todos los muebles del cuarto, me acerqué á mi ama y salté sobre sus rodillas pronunciando un onron de los mas acentuados.

—Ya veis cómo el hermoso Moumoute obedece á su ama, dijo esta suavemente lisonjeada.

Y al mismo tiempo me pasó la mano y me hizo otras mil caricias. Mas hubiera querido yo un sueldo de cordilla... pero al fin, era preciso contentarme con lo que me daban.

—¿Eso es lo que habeis encontrado, comadre Planton? preguntó la otra vieja con un gesto en extremo desagradable para mí. ¡Qué feo es!

Entonces la miré con fiereza.

—Pero con todo, parece muy mansito, añadió, y si os trae una buena fortuna (en lo cual no me cabe la menor duda, porque efectivamente es cosa extraordinaria hallar un gato semejante) os doy el parabien. ¿Qué importa que sea bonito ó feo? Debeis cuidarle mucho.

Este consejo me reconcilié un poco con la comadre.

—¿Ha comido? preguntó en seguida. Vamos, apostaría á que tiene hambre. ¡Pobrecito Moumoute! ¿No es verdad que comerias algo?

Contesté á sus palabras con un *miau miau* sumamente amable y zalamero, porque acababa de conquistar todas mis simpatías.

—¡Dios mio! Teneis razon, exclamó mi ama levantándose; y yo que no pensaba...

—Compradle cordilla, porque es manjar que les gusta mucho y les hace engordar.

La comadre Pitrat era decididamente una muger incomparable.

Mi ama y su amiga salieron, y la primera volvió á poco rato con una buena ración de cordilla, que devoré con tanto mayor empeño, cuanto que el físico, mi último amo, abrigaba la idea de que yo llegaría á adquirir un excelente oído por medio de la dieta. Después que concluí la pitanza, volví á meterme debajo de la cama, y en tanto que hacia una buena digestión, me puse á reflexionar acerca de la locura de mi nueva patrona.

El hombre que le dijo la buena ventura no pensaba en mí, de seguro, pero al fin, yo me aprovechaba de su predicción, y esto me tenía cuenta. Aunque no soy mas que un gato, tengo mas talento que muchos hipócos.

Tres meses permanecí en aquella casa, regalado como cuerpo de rey. Parecía que en efecto había entrado en ella la fortuna con mi llegada, pues mi ama ganaba mucho y me colmaba de agasajos.

Mi ama era planchadora, y lo que sucedió fué que la miseria la había desalentado y llegó á cumplir mal con sus parroquianos, quienes por su parte la abandonaron: después de la predicción y de mi encuentro, volvió á ser laboriosa y activa, como en otro tiempo, atrajo á los parroquianos, que conocían su mucha habilidad, tuvo otros nuevos, y ella, en su ignorancia, achacó á mi permanencia en su casa aquella nueva felicidad, que era una consecuencia de su trabajo y de su celo.

A pesar mio me acometió el gran vicio de mi carácter: la inconstancia. Yo era dichoso, nada me faltaba, pero pasaba mis días en un cuarto de seis piés en cuadro, sin que me fuese permitida la inocente distraccion de dar una vuelta por el pajar de la casa, ni la de asomarme á la meseta de la escalera. Volví pues á abrigar el deseo de ver tierras y el de abandonar la cómoda situación que la suerte me había deparado.

Era incorregible.

Empecé por perder el apetito; ya no tocaba á la cordilla; lo único que hacia era arañar el plato en que me la daban, para manifestar mi descontento.

Era preciso que me hallase muy enfermo para despreciar la cordilla. En efecto: mi mal era grave, porque su causa estaba en el fastidio, y pronto se me hizo insostenible la vida al lado de aquella muger de baja esfera.

El amor propio me hacia padecer y pasaba unas noches crueles. Por fin, un día me dijo mi ama:

—¡Pobrecillo Moumoute!... Sin duda estás enratado; pero hoy tengo que ver á una señora de alto rango, y de paso te llevaré á casa de un veterinario para que te dé una purga y con eso nos pondremos buenos.

Estas palabras me consolaron, porque estaba seguro de que después de ver al veterinario, me llevaría tambien á casa de la señora de alto rango; de modo que me proponia aprovechar la ocasion para escaparme.

Sucedió lo mismo que había pensado. Al día siguiente me metió mi ama en un cesto con tapa, y yo me dejé encajonar alegremente. ¡Me consideraba tan dichoso! Mi corazón palpaba con violencia á cada paso que me alejaba del cuarto de la planchadora, acercándome al palacio de la dama. Porque, á mi parecer íbamos á un palacio, y ya que me proponia ser ambicioso, no queria serlo á medias.

CAPITULO VII.

Mi entrada en casa de la marquesa.—Nuevo conocimiento.—Amistad estrecha.—Abuso de mi posición.—Tragedia.—Me persiguen.—Salto mortal.—El Portero.—Los pilluelos de París.

Llegamos por fin á casa del veterinario, quien después de haberme examinado por todos lados y de haberme abierto y cerrado los ojos, declaró que padecía una pasión de ánimo y excitacion de nervios. La distraccion era para mi salud un remedio indispensable, y la planchadora ofreció llevarme á las carreras de caballos y al paseo de los Campos Eliseos. Mi impaciencia por separarme de ella no le dió tiempo para cumplir sus buenas intenciones.

Segun lo había previsto, me llevé mi ama á casa de la señora de que me había hablado. Era nada menos que una marquesa: la planchadora pasó al gabinete y me dejó en la antesala embudido en el cesto. No tardé en sentir que arañaban á mi alrededor; poco después se levantó la tapa de mi encierro, alargó el cuello y así encontré con un perro carlin de fisonomía resuelta y espresiva. Saqué fuera del cesto una pata é hicele una caricia amistosa, á la que correspondió con un gruñido benévolo. Conocí desde luego que tenía en aquel perro un fiel amigo, y así salté del cesto, me escurri tras él hacia la cocina, donde limpié algunos platos, y en seguida nos dirigimos ambos al desvan del hôtel: allí estuvimos todo el tiempo que duró la entrevista de la marquesa con la planchadora. Cuando salió esta del gabinete, se encontró con que el preso se había fugado del cesto: preguntó por mí

á todos los criados del hôtel, pero como ninguno de ellos le dió la menor razon, tuvo al fin que marcharse, persuadida de que los galopines de la marquesa me habían ahuyentado.

Por mi parte me dediqué á ganar la voluntad del carlin, que poseia excelentes cualidades: llamábase Carnage y era el favorito de la marquesa. Dos horas después de nuestro conocimiento éramos ya los mejores amigos del mundo, y á los tres días no podía estar Carnage un minuto sin mí. Hacia que yo le acompañase á la cocina, al salon, al gabinete, y se supo dar tan buena maña, que la marquesa llegó á profesarme un afecto sin límites.

La primera vez que entré en su alcoba, acompañado del amable carlin, se hallaba la marquesa acostada y tenía en pié y á su lado á su doncella.

—¡Hermoso animal! exclamó al verme. ¿Dónde le has hallado, Carnage?

Mi protector se puso á lamerme el hocico para dar á conocer á su ama nuestra estrecha amistad, y yo le correspondí mayando en el tono mas afectuoso que pude.

—Ya que tú me lo presentas, prosiguió la marquesa, debe ser gato de circunstancias, y desde este momento pertenece á la familia.

Alentado yo entonces con tan favorable acogida, creí de mi obligacion mostrarme reconocido: salté por lo tanto á la cama de la marquesa, pero al sentir las caricias que me prodigó su blanca mano, se apoderó de mí una timidez inexplicable, y aunque no huí de aquellos halagos, permanecí agazapado todo el tiempo que mi nueva ama estuvo conversando con la doncella.

Carnage, que se había marchado del gabinete tan luego como me vió instalado en él, me esperaba en la antesala con un razonable trozo de vaca còcida, con el cual celebramos alegremente mi entrada en la casa.

Yo debía haberme contentado con la buena pitanza diaria que me distribuian, con la desinteresada y pura amistad de mi inseparable carlin y con el afecto de la marquesa. Debí ser prudente como Carnage, que nunca pasaba de la antesala, sino en casos extraordinarios, ó cuando le llamaban; pero mi orgullo natural pudo mas que el buen ejemplo que tenía á la vista, y el orgullo me perdió. ¡Qué lección para los gatos ambiciosos!

Se me figuraba ya que todo en aquella casa era mio: entraba en el gabinete de la marquesa siempre que me acomodaba, y hacia y deshacia cuanto se me ponía en el magín. Cierta mañana... nunca la olvidaré... me presenté en la puerta del mencionado gabinete, cuando la doncella estaba echando de comer á dos bellísimos canarios, que cautivos en una magnífica jaula dorada, eran el embeleso de la marquesa. El demonio de la gula empezó á hacerme cosquillas. ¡Es el canario un manjar tan sabroso para gato de pretensiones! La doncella no me sintió, porque yo tuve cuidado de esconder las uñas para andar por la alfombra sin hacer ruido; las puertecillas de la jaula estaban abiertas de par en par... De repente doy un salto sobre el velador, derribo la jaula, la doncella da un chillido y medio se desmaya, y los canarios asustados pasan de los dorados hierros á mis uñas y de mis uñas á mi estómago.

Hasta aquí triunfo completo, pero la tragedia no había terminado. Al chillido de la doncella acuden los criados, entran en el gabinete, se enteran al punto de lo ocurrido, me buscan, huyo, me persiguen, corro hácia el salon, veo abierta una ventana, me encaramo á ella, llega por detrás el mayordomo de la marquesa, me aplica un latigazo entre oreja y oreja, el golpe me hace inclinar la cabeza hácia afuera, y caigo desde la ventana al patio de la casa, dando mil vueltas por el aire.

Poco duró mi aturdimiento cuando me hallé en tierra firme, y al punto conocí que mi situacion era desesperada. ¿Qué hacer en tal conflicto? No podia permanecer en el patio, porque no tardarian en bajar los criados para cebarse en mí. La salida, por otra parte, se presentaba erizada de dificultades: tenia que pasar indispensablemente por la portería... pero ¿á qué no se arriesga un gato valiente, cuando se trata de salvar el pellejo?

—Animo, Moumoute, exclamé con ardimiento, y lluevan garrotazos sobre el lomo, con tal que uno de ellos no me deje derregado.

Y diciendo y haciendo corrí hácia el portal antes de que bajasen los criados; pero alarmado ya el portero había empuñado una escoba descomunal, con la que me descargó al pasar dos ó tres lanternazos, y me persiguió hasta la calle.

Al verme en ella respiré, aunque sin dejar de correr, pues al fin me veía libre de enemigos. ¡Vana esperanza! ¡Cuán ajeno estaba de prever el amargo trance que me aguardaba!

En medio de mi precipitada carrera me vi atajado por una turba de pilluelos: cogieronme estos, me ataron, me condujeron á un corral, se reunieron en consejo y pronunciaron mi sentencia de muerte. Los pareceres solo variaron respecto al género de suplicio que se me daría, pero el de la mayoría fué que se me arrojase al Sena. Lleváronme por lo tanto al puente mas inmediato, y después de llenarme de imprecações, aquellos jóvenes verdugos me lanzaron al agua con furia y sin piedad, celebrando su hazaña en medio de carcajadas estrepitosas.

CAPITULO ÚLTIMO.

Mi Salvador.—Producimos efecto.—Nueva condicion.—Un drama cada cinco minutos.—Desenlace imprevisto.—Me retiro del mundo.—Escuela gatuna.—Prospecto.

Ya empezaba á perder el conocimiento, cuando sentí que me agarraban por el pescuezo y poco después me encontré en la orilla. ¿A que no acertais quién fué mi libertador?

¿Quién había de ser sino mi amigo, mi fiel Carnage? Este excelente carlin, inquieto por mi escapatoria y por mi salto desde la ventana del salon, había procurado acercarse á mí, y solo pudo conseguirlo cuando el portero me molió á escobazos: vió después que me cogieron los pilluelos en la calle y ya no dudó de la triste suerte que me esperaba; pero toda resistencia era imposible, y así conocí que mejor le estaba velar por mí, que empeñar un combate, del cual saldria seguramente en estado de no poder ampararme. Siguió pues en silencio á los pilluelos, y no bien me vió colgado por ellos

fuera del parapeto del puente, cuando corrió á la escalera y se preparó á salvarme de la muerte.

Y me salvó en efecto, con gran placer de la multitud de curiosos que se había reunido. Todos se apresuraron á nuestro encuentro, y mientras nos sacudíamos el agua, nos aca-



Moumoute.

riciaban á porfía, dándonos señaladas y repetidas muestras de interés. El número de curiosos fué aumentándose sin cesar, y confieso que contentó mi vanidad el efecto que mi compañero y yo produciámos. Carnage, en particular, era quien obtenía los honores populares, y la razón de esto era sencilla: si yo escitaba el interés, á él acompañaba la admiración: yo era la víctima, Carnage el héroe.

Entre los desocupados que nos cercaban, no tardé en divisar á un hombre bastante mal pergeñado, que se distinguía de los demás por los cuidados que nos prodigaba. Su generosidad llegó hasta el punto de secarnos con su pañuelo y á darnos de comer, pues tenía á orillas del río un gran canasto con provisiones: después nos hizo entrar en el mismo canasto para que nos abrigásemos. Nosotros aceptamos aquella hospitalidad que creíamos desinteresada. ¡Ay de mí! Nuestra credulidad debía costar la vida al desgraciado Carnage.

Apenas nos tuvo en el canasto, cuando aquel hombre des-



Moumoute.

almado, que era saltimbanqui, y vendía comestibles cuando el público no acudía á sus espectáculos, nos llevó á su casa. Por el camino iba diciendo:

—¡Por la sombra de Bilboquet! Me parece que he encontrado lo que necesitaba. El ingrato público se ha hecho muy

exigente, y ya no se contenta con verme tragar sables y devorar ratones y serpientes: le cansan estas operaciones artísticas y quiere cosas nuevas. Pues bien; se lo daremos. *Mi empresa dramática yacía en el marasmo, pero volveré á aparecer en escena con el drama de un perro y un gato, que se salvan recíprocamente la vida cada cinco minutos. El público se romperá la crisma por entrar, y colocaré la escena á orillas de un río. Así tendré un teatro náutico.*

Ocho días después, y á las orillas del río, se veía una barraca de lienzo con esta inscripción: *Espectáculo náutico del señor Manchot, con autorización del señor corregidor y de su señora esposa. Gran drama interesante y submarino de un perro y un gato, que se salvan mutuamente la vida veinte veces al día. Y á son de tambor gritaba un hombre en la entrada de la barraca: Vamos, caballeros, no os descuideis, señoras, porque llegáis precisamente á lo mejor: hay asientos á todos precios. Apresuraos, corred; toque la música.*

La multitud entraba atraída por la novedad, y tanto Carnage como yo ignorábamos aun lo que aquel caribe se proponía hacer con nosotros. Cesó de pronto el ruido: nuestro amo nos sacó del canasto y nos presentó al público diciendo: *Hé aquí los actores y hé aquí el teatro, añadió, señalando una estension de agua de cuatro pies en cuadro.*

Después me cogió y dijo:

—Ya veis este gato, señoras y caballeros; aborrece el agua, no sabe nadar, y sin embargo salvará la vida á su amigo el carlin, ó dejará que este le libre á él de la muerte; como mejor os parezca. ¡Gato al agua!

Y diciendo y haciendo me arrojó á ella: Carnage se precipitó al momento y me sacó á tierra con gran contentamiento de la multitud, que nos aplaudió con entusiasmo.

—Ahora, exclamó el saltimbanqui, corresponde al gato librtar á su amigo el perro.

Cogió á Carnage y lo echó al río: después me lanzó de modo que cayese precisamente sobre el lomo de mi compañero, al cual me agarré. Carnage salió nadando, y como yo iba encima de él, parecía que en efecto me debía la vida. El



Moumoute.

entusiasmo de la multitud no conoció límites, y se desocupó la sala para que se volviese á llenar de nuevo.

Durante tres meses arrastramos esta vida miserable, sin otro consuelo que la amistad que nos unía. Pero un día fatal, nuestro amo arrojó á Carnage al agua con demasiada fuerza: su collar se enredó en el fondo en uno de los clavos de los maderos que sostenían la barraca, y se ahogó.

¡Pobre Carnage! ¡Murió así por haberme salvado!

Su pérdida me fué tan sensible, que resolví retirarme del mundo. Tenía ya ocho años, edad madura, y quería vivir solo, para poder llorar á mi amigo á todas horas. Además, atormentaba mi imaginación un proyecto que quería desde luego realizar. Las aventuras de Carnage, que él mismo me había referido, llegaron á interesarme tan vivamente, que deseaba escribirlas para edificación de los gatos jóvenes, á fin de enseñarles, con el ejemplo de mi infeliz amigo, cuán noble y santa es la amistad. Erame necesario, ante todo, huir del poder de aquel amo, á quien detestaba, y la ocasión no tardó en presentarse.

Vivía en una buhardilla de la calle de Santiago, parecida á esta en que escribo mis memorias, y había también en ella una ventana que daba al tejado. Cierta noche llegó embriagado, y á fin de tomar el fresco abrió la gatera: al punto dí un salto, me planté en el tejado y corrí hácia otro vecino entonando el *miau* de la libertad. Traté en seguida de buscar alojamiento, y encontré uno inmenso, que es el mismo que actualmente ocupó. En él he pasado días felices, entregándome con ardor á la caza, y disfrutando, entre los gatos del barrio, de una consideración en alto grado lisonjera, debida sin duda á la gran experiencia que he adquirido en el mundo. He sido el juez de paz de todos los habitantes gatunos del contorno, y no solo me han consultado en los asuntos contenciosos, sino en los negocios de familia. Por último, al verme honrado con la confianza de mis conciudadanos, he querido ser útil á la sociedad gatuna, abriendo una escuela de enseñanza mutua para los gatos jóvenes.

Todavía estoy al frente de ella y la veo prosperar dan-

utilísimos resultados. He procurado dulcificar las costumbres de mis discípulos, demasiado inclinados al *zarpazo*, y disminuir el odio con que miran á los perros.

Nota. Antes de dejar la pluma, me parece conveniente publicar aquí el *Prospecto* de mi escuela, no para aumentar



Moumoute.

mis ganancias atrayendo nuevos discípulos, sino con la única intención de ser útil á mis semejantes.

PROSPECTO.

ESCUELA DE GATOS JÓVENES

alierta por Moumoute, CXXXVI de este nombre.

Este establecimiento, situado en uno de los mas aéreos graneros, se divide en las enseñanzas siguientes:

PRIMERA EDAD.

- Zarpeo.—Profesor, el director Moumoute.
- Mauilido y arañazo.—Profesor, el mismo.
- Curso de ronron.—Profesor, Minino Angola, agregado al establecimiento.



Moumoute.

SEGUNDA EDAD.—CLASE SUPERIOR.

- Arte de trepar á los tejados.—Profesores, muchos gatos de canales.
- Aseo y limpieza de manos.—Profesor, Moumoute.

Caza de ratones.—Este cuadro tan importante, como que es complemento de la educacion de los gatos, se ha encargado á un profesor cuyo nombre es una garantia, á saber, Rommagrobis, LX de este nombre, descendiente de los mas famosos héroes de la raza gatuna.



Moumoute.

PRECIOS.

Cada discípulo de la primera edad presentará todas las noches un pedazo de queso, de ligado, de carne, etc. En cuanto á las clases superiores, se fija el precio en un raton diario, ó una rata cada dos dias. Horas de clase: desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana.

CONCLUSION.

Quando mi amigo el sabio me entregó la anterior traduccion, me dijo:
—Lo único que siento es no poder decir á los lectores cómo acabará Moumoute.
—No sabemos, le contesté, si nos dará la continuacion de sus Memorias.
—Ya, mas no podrá decirnos como ha muerto. Esto no obstante, os recomiendo que sigais dejando abierta vuestra ventana, porque no debemos olvidar que nos ha prometido las *Aventuras de Carnage*.



Un corazon de niño.

—Si Moumoute quiere garrapatearlas, tendrá mi cuarto á su disposicion, porque mañana me voy al campo y no pienso volver hasta de aquí á quince dias.
Efectivamente, me marché al siguiente dia dejando abierta mi ventana, y la mesa provista de papel blanco. Cuando

volví, encontré la ventana cerrada y todos los pliegos garrapateados. Separado de ellos habia un papel, lleno asimismo de garrapatos.

—¿Cómo es esto? exclamé. Aquí hay un olor insufrible. Abri la ventana, registré por todas partes, y al fin encontré debajo de mi cama el cadáver de Moumoute. Corrí en busca de mi sabio amigo, le entregué los escritos del gato y le enteré de su muerte.

—Estas son, me dijo, las *Aventuras de Carnage*, y este papel explica la muerte de Moumoute.

Acto continuo me dictó lo que sigue:
«Muero víctima de mi furor por escribir. Hace dos dias que, sintiendo algun ruido en el cuarto del vecino de mi escuela, quise conseguir en el papel la historia de mi amigo el carlin: me introduje aquí, pero con tanta precipitacion que tocando el gancho que sostenia la ventana, se cerró esta detrás de mi, como la losa de un sepulcro. Mi única esperanza era la vuelta del vecino, pero pronto renuncié á ella. Trascurrian las horas y los dias y el hambre me atormentaba. Persuadido de que iba á morir, he querido al menos legar á la posteridad las memorias de mi amigo Carnage. Por fortuna he concluido este trabajo á tiempo.... porque me faltan ya las fuerzas. Si algun gato encuentra estos papeles... le ruego que instruya de mi muerte á mis conciudadanos.... Adios.... discípulos amados.... Voy... á reunirme con mi amigo.»

Después de haber trazado estas líneas con muribunda pata, fué cuando se refugió sin duda debajo de mi cama para descansar en paz.

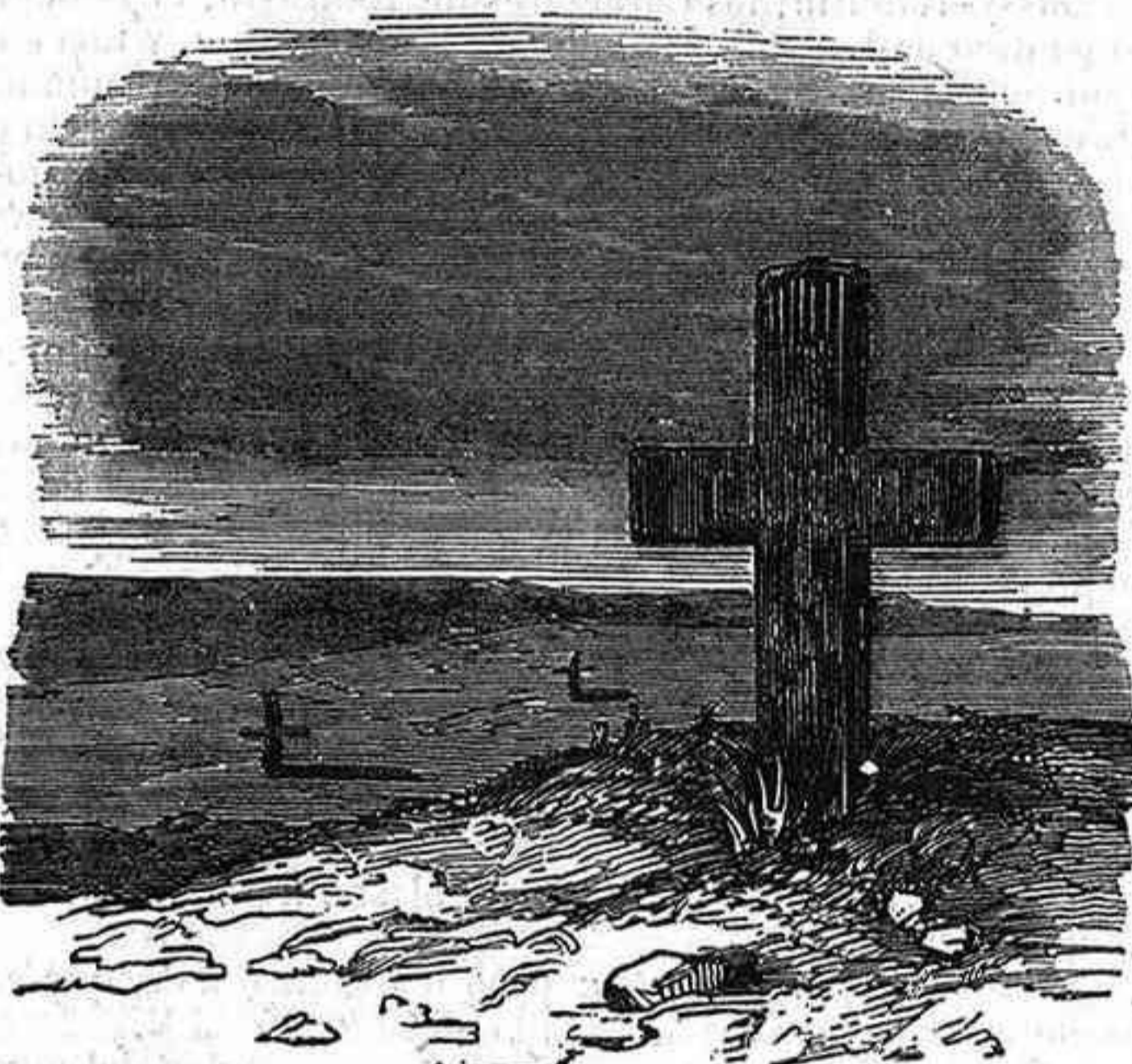
De vuelta á mi cuarto, hice los últimos honores á Moumoute, llamando á un-naturalista, que se llevó el cadáver y me le volvió ocho dias después perfectamente disecado. Desde entonces está siempre á mi lado, lo llevo á todas partes, y puede verse en mi gabinete con esta inscripcion al pié:

ESTE FUÉ MOUMOUTE.

¡Séale la paja ligera!

VALENTIN.

El baron de F..., ministro del emperador de Austria José II, gustaba mucho de rodearse de los hombres que mas se habían distinguido en las ciencias y en las letras; su casa estaba



Un corazon de niña.

abierta una vez por semana para todas las celebridades, y aquel dia el hombre de estado, libertándose de las preocupaciones del mundo político, se entregaba á los asuntos del mundo literario con el abandono y la alegría del colegial que está de vacaciones. Las reuniones del baron de F..., verdaderas sesiones académicas, se diferenciaban de estas, sin embargo, en que no se hallaba allí esa rigidez, esa severidad, esa gravedad que son cuasi siempre las consecuencias de un papel representado en público; la discusion, aunque profunda y seria, se hacia en un tono de conversacion íntima y familiar, que hacia agradables las contraversias mas animadas; solo se batian con armas de filo embotado, y el choque tenia únicamente la fuerza necesaria para hacer brillar la luz de la ciencia.

Una de las condiciones de aquella sociedad de adeptos era la de no admitir ningun profano: no obstante, una noche del invierno de 1774 se violó esta costumbre en favor de un inglés jóven á quien su padre, sabio de primer orden, llevaba consigo á todas partes en sus viajes, con el fin de pulir por el contacto de los hombres ilustrados, una imaginacion que hasta entonces se habia mostrado rebelde por demás. No era Eduardo precisamente un ignorante, sino por el contrario sabia un poco de todo, pero no habia profundizado nada; tenia la grave falta de hablar mucho, de plantear con un aplomo imperturbable las proposiciones mas aventuradas, y sobre todo de calcular por las apariencias estereos la dosis de aprecio que creia deber conceder á cada individuo. Así es que le sorprendió sobremanera al entrar en el salon del baron de F... donde esperaba hallar una sociedad escogida, el ver cerca de la chimenea, en el sitio de preferencia, un anciano cuyo traje, de una sencillez rigurosa, y los modales mas francos que elegantes, manifestaban la rústica bondad de un campesino, mas bien que el talento y la inteligencia de un literato ó de un sabio. A la sorpresa de Eduardo se unió un ligero sentimiento de vergüenza; no era aquella la vez primera que veia al referido anciano; le habia encontrado pocos dias antes en el gabinete de medallas del emperador, y juzgando que era alguno de los empleados subalternos de aquel establecimiento precioso, habia obtenido de él por única respuesta á algunas

preguntas indirectas que le habia dirigido, estas palabras:

—No lo sé.
—El emperador le paga á V. para saberlo, le dijo el jóven inglés.
—El emperador, replicó el anciano, me paga lo que sé; si



Valentin.

me pagara lo que no sé, no bastarian todos los tesoros del imperio.

La sorpresa de Eduardo llegó á su colmo cuando notó la deferencia que tributaban los hombres mas eminentes á aquel personaje de tan mezquina apariencia, y el respetuoso silencio que se apresuraban á guardar cuando él hablaba, cual si temieran perder ni una sola de sus palabras. Esta consideracion y miramientos le parecian muy exagerados, y para esplicárselo de una manera satisfactoria, se fijaba su imaginacion en el respeto que inspira generalmente una edad muy avanzada. Esta preocupación del inglés no se le escapó al anciano, que le habia conocido, y cuyos labios se entreabrian á veces con una sonrisa maliciosa.

No tardó la conversacion en hacerse general; Eduardo se lanzó en ella con su ceguedad, con su intrepidez habitual. Uno de los sabios indicó que el amor de las artes y las ciencias es innato en el hombre, y aprovechó aquel esta ocasion para sostener una tesis diametralmente opuesta. El hombre en el estado natural, decia que está dominado exclusivamente



Valentin.

por las necesidades materiales, y al deseo de satisfacerlas era menester achacar el origen de todos los conocimientos humanos; negaba por consiguiente que hubiera ninguna ciencia ni arte que fueran el resultado directo del solo deseo de estudiar y de instruirse.

Después de haber desarrollado su paradoja enteramente y con calor, se calló algo avergonzado por no recibir los aplausos unánimes que él esperaba. El tono violento de su argumentación había desagradado á todos; no hubiera obtenido siquiera los honores de una contradicción, si el buen anciano no se hubiera apresurado á evitar á su amor propio esta humillación mas.

—Siento mucho, le dijo, el no poder participar de la opinion que acaba V. de emitir, pero se avendría muy mal con una historia que ruego á estos señores me permitan referir. Siempre he creído que tiene mas fuerza una reputación que se apoya en hechos que la que solo lo hace en razones.

Eduardo se vió obligado á comprender que una historia referida por el anciano era considerada como una gran fortuna por los miembros de la docta reunion, pues todas las miradas se fijaron en él con avidez, y en medio del silencio mas religioso empezó la siguiente narración.

—«En los primeros años de este siglo habia en la aldea de Artonay, en la Champaña, un niño llamado Valentin, cuyo oficio era guardar una manada de pavos. Huérfano á los diez años, echado de su país á los catorce por una travesura insignificante, se puso en camino á la aventura en el terrible invierno de 1709 con el objeto de buscar alguna casa de labranza en que aceptara sus servicios. Lo que sufrió en el espacio de algunos meses, parecería increíble hoy. Sin asilo ni alimentos, atravesaba un país cubierto de nieve, atormentado por el hambre é implorando la caridad de los desgraciados campesinos que necesitaban tambien para sí de algunos socorros. Atacado por las viruelas entre los pueblos de Prorins y Brie, fué recogido por un pobre labrador que no pudo darle mas que el estiércol de su ganado, ni mas alimento que una especie de gachas con un poco de sal. Escapado por milagro á una enfermedad, que aunque esté bien cuidada, rara vez perdona la vida, no pudo obtener en su convalecencia mas alimento reparador y nutritivo que algunos pedacitos de pan negro, tan endurecido por las heladas, que tenían que partirle con el hacha, y aun así, el pobre hombre que le habia dado asilo, le dijo una mañana con los ojos arrasados en lágrimas que estaba arruinado por las contribuciones y no podía sostener mas tiempo el gasto que le hacia. Transportado en casa de un buen eclesiástico, á donde llegó medio muerto de frio y de hambre, Valentin consiguió por fin restablecerse completamente; pero la triste situación, la penuria absoluta de su nuevo bienhechor le obligó á emprender de nuevo su vida vagamunda.

»Viendo que le era imposible subsistir en la provincia en que se hallaba, tuvo un dia la ocurrencia de preguntar si el hambre y la miseria eran generales, y si no habria algun rincón en la tierra en que no se hubiesen helado los trigos. Le dijeron que hacia el Mediodía y el Oriente podria haber comarcas que por su posición ó su proximidad al sol, se habrian librado tal vez de los estragos de aquel invierno horroroso. Al instante se puso Valentin en camino directamente hacia el Oriente, y después de haber atravesado las áridas llanuras de la Champaña, llegó á los confines de la Lorena. Allí permaneció dos años sirviendo á un pastor en la aldea de Clezantine.

»El bienestar material que disfrutaba Valentin en su nueva posición defraudaba todas las esperanzas que concibiera en sus ilusiones mas risueñas; pero tenia diez y seis años, las privaciones y los padecimientos físicos no ejercían ya sobre él su influencia destructora; en las largas horas de soledad á que le condenaba su profesión, pensaba, meditaba, y ¿sobre qué?... Tal vez hoy le fuera mas difícil definirlo; sentía que lo que habia visto y lo que veía no era un alimento suficiente para su curiosidad; experimentaba un deseo immoderado y violento de ver y conocer otras cosas; sin embargo ¿que le faltaba aprender? Sabia tanto como los buenos aldeanos que le rodeaban. Entonces fué cuando se dijo: «Busquemos un país en que pueda yo adquirir nuevas ideas,» así como habia dicho dos años antes: «Busquemos un país en que haya menos miseria.» Y opuestamente á la tesis que el joven sostenía hace poco, Valentin, impulsado por una necesidad imperiosa de desarrollar su inteligencia, renunció sin vacilar al bienestar físico que disfrutaba, y emprendió nuevamente, en un hermoso dia de verano, el curso de sus viajes, con la imaginación llena de deseos, el corazón henchido de esperanza, y el bolsillo vacío de dinero y de cosa que lo valiera.

»Se detuvo al pié de los Vosges, cerca de Deneuvre, á la puerta de la ermita de la Rochette; un solitario anciano, el hermano Palemon, le acogió accediendo á sus instancias, y le enseñó á leer. Desde aquel retiro, en que la lectura de algunas obras ascéticas habia inclinado las primeras ideas de Valentin á la devoción, pasó á la ermita de Santa Ana, á media legua de Luneville. Allí tuvo que servir á cuatro ermitaños bastante ignorantes y guardar seis vacas, y leyó unos cuantos libretos viejos. Tiempo no le faltaba, pues tenia poco que hacer, y se entregó desde entonces sin reserva á la noble ambición de instruirse, que no habia cesado de prevalecer en su imaginación.

»Valentin empezó por aprender á escribir. Uno de los ermitaños le trazó con mano decrepita y temblorosa los primeros elementos de la escritura. Un modelo tan defectuoso no podia producir sino muy malas copias. Para no incomodar al buen anciano, y pasarse sin sus lecciones, imaginó un medio ingenioso. Quitó un vidrio de una ventana, y poniéndole sobre la muestra, escribía sobre la superficie las mismas letras que veía á favor de la transparencia de aquel cuerpo duro. Con la repetición de este ejercicio adquirió en poco tiempo la facilidad de escribir bastante mal.

»Tropezó un dia con un compendio de aritmética, olvidado en un rincón: este fué un nuevo objeto de estudio que ocupó sus pensamientos en el silencio de los bosques, haciéndole pasar mas de una noche ya bajo las ramas de los arboles, ya en la cima de alguna peña escarpada, ya en medio de las ruinas de algun edificio antiguo.

»Una noche que estaba sentado sobre la yerba, á la entrada de una gruta natural, se puso á considerar aquella reunion de luces sembradas en la inmensidad del firmamento. Recordó haber leído en un almanaque que en ciertos dias del año entraba el sol en signos que se distinguían por nombres de animales. Hé aquí ya á nuestro Valentin subiéndose al árbol mas elevado y volviendo la vista á las estensas playas del firmamento para descubrir la figura de un toro ó de una balanza

celeste. Ya comprenderán VV. que no quedaria muy satisfecho del resultado de su primera investigación; pero un planisferio comprado en la feria de Luneville con el producto de sus economías, dió el curso debido á sus ideas astronómicas. Entonces, además del árbol que le servia de observatorio, necesitó un telescopio; él se fabricó uno con una rama de sahuco, hendiéndola por la mitad, quitando todo el meollo, y uniéndolo después los dos trozos con un cordel.

»Pero á medida que se dilataba el círculo de sus conocimientos, se ensanchaba tambien el de su ambición. Se habia enterado del mapa celeste, y quiso estudiar el terrestre: después de la astronomía la geografía.

»Los círculos trazados sobre el mapamundi no hicieron trabajar menos su inteligencia que los signos del zodiaco; no podia adivinar qué significaban aquellas 360 áreas blancas y negras que dividían el ecuador. Al fin creyó que eran leguas, y sin vacilar, dedujo que el globo terrestre tenia 360 leguas de circunferencia. Habiendo participado su observación á uno de los ermitaños que habia estado en San Nicolás de Barry, en la Calabria, este le aseguró que habia andado mas de trescientas sesenta leguas para ir á aquel punto. Despechado por su equivocación, tal vez se hubiera desanimado, á no ser por un jardinero del convento de Carmelitas de Luneville, que le prestó el *Método para estudiar la geografía*, escrito por Délaunay. Desde aquel momento sus progresos fueron rápidos; pero le faltaban mapas, libros é instrumentos; el mezquino salario que le daban no alcanzaba para cubrir estas necesidades que aumentaban diariamente. Valentin estaba hartó poseído del amor á la ciencia para arredrarse ante estos obstáculos, y se hizo cazador. Obliga á las zorras y á las gamuzas á cederle sus pieles, cuyo valor recibía de mano de un mangutero de Luneville. Algunas liebres fueron bastante aturdidas para caer en sus trampas, y aunque estaba vedado cazarlas por una ley penal que se habia publicado con el objeto de que las liebres se conservaran exclusivamente para ser cazadas por el príncipe, Valentin tuvo á bien reformar esa ley. El incentivo de las ganancias y el estímulo del uso que queria hacer de ellas, le dió audacia y atrevimiento hasta el extremo de cazar ciervos y cabritos; los pájaros contribuyeron tambien á su instrucción con la pérdida de su libertad, de manera que en pocos meses su industria le valió unos cuarenta escudos.

»Todo este tesoro se fué á sepultar en casa de un librero de Nancy, de donde volvió Valentin agobiado bajo el peso de sus compras, que constituían una biblioteca completa: Plinio el naturalista; Tito Livio, la Historia de los In as, las cartas de Bussy-Rabutin, los Caracteres de Teofrasto, el Testamento político de Loavois, las Fábulas de LaFontaine, y una colección de Mapas. Su celda fué desde entonces un mundo en abreviatura: sus paredes fueron empapeladas con reinos y provincias, y como era muy pequeña clavó el planisferio celeste en el techo encima de su cama, de modo que en cuanto abría los ojos, lo primero que veía eran estrellas y constelaciones pintadas.

»La fortuna le sonreía decididamente al joven pastor, cuyas riquezas se vieron aumentadas por una aventura feliz. Habiendo hallado un sello de oro con un escudo de armas grabado en él, se apresuró á hacerle anunciar por el cura de Luneville. Algunas semanas después, un inglés, Mr. Forster, se presentó en la ermita.

—¿Te has encontrado un sello? preguntó á Valentin.

—Sí señor.

—Pues bien, dámele porque me pertenece.

—Muy bien; pero antes de darme en lo que V. me dice, tenga V. la bondad de explicarme los cuarteles del escudo para ver si es el mismo.

—¿Te burlas de mí, niño? El blason no le entiendes tú, á buen seguro.

—Bueno, como V. guste; pero le aseguro á V. que como no me descifre el blason del sello no se le daré á V.

»Sorprenido al oír el tono firme y enérgico del muchacho, no solo obedeció Mr. Forster á la indicación de Valentin, sino que después de gratificarle generosamente, se entretuvo en dirigirle algunas preguntas; satisfecho con sus respuestas, le convidó á que le visitara en Luneville. La invitación era harto halagüeña; Valentin fué todos los dias de fiesta á almorzar con Mr. Forster. Gracias á la prodigalidad del digno extranjero que le suministraba sin reparo dinero y consejos, vió pronto su biblioteca llegar al exorbitante número de cuatrocientos volúmenes, y tuvo cada vez mas ardor para perfeccionar estudios que eran ya mas completos y menos difíciles.

»Pero en honor de la verdad es menester decir que de las dos partes en que distribuía su tiempo, entre la cultura de las ciencias y el cuidado del rebaño, la primera se dilataba cada dia con grande lamento de la segunda, lo cual no les tenia mucha cuenta á los pobres ermitaños; así fué que una mañana se les acabó la paciencia, dirigieron violentas reconvencciones al muchacho, y uno de ellos se enfadó tanto que le llegó á amenazar con quemarle su biblioteca. Juzguen VV. la rabia que excitó en Valentin esta amenaza. Semejante á una leona en presencia del cazador que le vá á quitar sus cachorros, se apoderó de una pala de hierro, la esgrimió delante de los cuatro religiosos atónitos y atemorizados, á quienes echó fuera de la ermita, se encerró con llave y se dispuso á sostener un sitio en regla. Amenazas, ruegos, promesas, todos los medios se emplearon para hacerle ceder, mas ninguno triunfaba de su resistencia, el mismo superior vió la inutilidad de sus esfuerzos y la impotencia de sus elocuentes peroratas. Cansados de guerra, los sitiadores se vieron obligados á capitular, y el sitiado, para mayor seguridad suya, exigió que el tratado de paz se verificara en casa de un notario de Luneville. Sin embargo, no solo los religiosos habian hecho concesiones; Valentin habia hecho la suya tambien, que consistía en que en lo sucesivo se contentaría con que le alimentaran y vistieran, renunciado completamente á percibir salario alguno. Pero, ¿qué le importaba? Le concedían en cambio que dispusiera libremente de las horas que quisiera para dedicarse al estudio.

»Concluiré rápidamente lo que me falta decir á VV. de la historia de Valentin. Una mañana que estaba sentado al pié de un árbol, rodeado como era su costumbre, de libros y mapas, se acercó á él un hombre de bondadosa fisonomía que le preguntó con extrañeza:

—¿Qué hace V. ahí?

—Estudiar geografía, contestó Valentin.

—¿Y entiendes V. algo de ella?

—Claro está que sí: yo no me ocupo sino de cosas que entiendo.

—¿Y en qué estaba V. ahora?

—Estaba buscando el camino mas recto para ir á Quebec.

—¿Con qué objeto?

—Para ir á aquella ciudad y continuar mis estudios en la universidad que hay en ella.

—Y para eso, ¿qué necesidad tiene V. de ir al cabo del mundo? Hay universidades cerca de aquí que valen tanto como la de Quebec, y si esto le agrada á V. podré indicarle una.

»El hombre que le habló así era uno de los preceptores de los príncipes de Lorena. Desde que Valentin tuvo aquel encuentro, varió su posición completamente. Protegido por el duque Leopoldo, concluyó formalmente sus estudios en el colegio de los Jesuitas de Pont-à-Mousson, hizo varios viajes con su protector á París, á Flandes y á Holanda; fué nombrado bibliotecario del duque y catedrático de historia en la academia de Luneville; pasó mas tarde á Florencia, y después á Viena, adonde le llamó el emperador para formar un gabinete de medallas.

»Los pormenores minuciosos serian supérfluos en esta segunda parte de la existencia de Valentin; no presentarían á la atención de VV. mas que los incidentes comunes en la vida del hombre. Si me estendi algo mas en la primera parte, prosiguió el anciano volviéndose hacia Eduardo, es porque he creído dar con ella una respuesta convincente á los argumentos de V. Entonces efectivamente era Valentin el hombre de la naturaleza, el salvaje ignorante, perdido, por decirlo así, en un desierto, que no habia oído hablar nunca de la ciencia, y sin embargo la adivinaba; la amaba por instinto, la buscaba poniendo incesantemente sus facultades físicas al servicio de sus necesidades intelectuales, y no como V. suponía antes, sus facultades intelectuales al servicio exclusivo de sus necesidades físicas.»

No hay nada tan tenaz como la terquedad de un medio sabio; Eduardo meneó la cabeza expresando duda.

—No puedo negar, dijo, que es historia muy interesante; sin embargo hay en ella algunos hechos que me parecen pasar los límites de la verosimilitud; ¿está V. seguro, caballero, de que son exactos?

—Seguramente, dijo el anciano sonriéndose bondadosamente: ¿no he de estar cierto, si la historia que acabo de referir es la mía?

El inglés se sonrojó, tartamudeó algunas excusas, y no se atrevió á volver á hablar en toda la noche.

El anciano era Valentin Jamerai Duval, bibliotecario y director del gabinete de medallas del emperador de Austria.

EL ANIVERSARIO.

No hay en la vida mas que algunos dias de vivo interés, como estrellas brillantes sobre un fondo de dias indiferentes, ni tristes ni alegres, faltos de color. Estos dias numerosos, que no tienen color por sí mismos, los toman con el reflejo de otros de felicidad ó de tristeza. Una gota de añil en un vaso de agua la pone azulada; una gota de tinta la vuelve gris; una gota de almibar la hace dulce; una gota de vinagre la dá sabor agrio; del mismo modo, un dia de felicidad esparce sus rayos luminosos sobre cien dias insignificantes que le siguen, y sobre otros ciento que le han precedido, y un dia de tristeza estiende su funebre sombra en igual proporción. Estos dias insignificantes son como los ceros, que no tienen valor por sí mismos, pero que le toman de la cifra que les precede: la felicidad esparce un suave aroma sobre nuestra vida, como la madreselva embalsama la atmósfera que la rodea y el viento que la columpia al pasar.

La vida está dividida en tres zonas: esperanzas, goces y pesares: la corriente nos arrastra irresistiblemente al través de ellas; por muy vigoroso que uno sea, es preciso pasar por todas sin detenerse. Se quiere fijar la vista sobre una planta, aspirar el perfume de una flor, la corriente os arrastra; seguid! seguid! Se desea oír hasta el fin los trinos de un ave, no, que el barco no para jamás: bogad! bogad sin descanso! El placer queda fijo en su zona; vos sois quien huye; la hermosura de la planta, el aroma de la flor, el canto del pájaro quedan detrás para otro que los disfrutará un momento, y que pasará á su vez dejándolos todo con pesar.

Las imaginaciones exaltadas y poéticas tienen sin embargo un consuelo, pueden á su voluntad volver atrás, recorrer de nuevo la parte de la ribera donde han encontrado las mejores flores y los mas dulces perfumes: este mágico poder es lo que se llama recuerdo.

¿Habeis sentido una de esas pasiones que vienen á ser el acontecimiento de la vida, porque absorben en sí todo el interés de ella? Si la habeis sentido, comprendereis el poder del recuerdo, que consuela, que sostiene, que alienta, cuando se está condenado á contar cierta serie de dias, tristes é insignificantes, como una carga pesada que el deber obliga á soportar.

Es verdaderamente admirable cómo la memoria reproduce la historia completa de un amor ardiente, sin omitir ni aun de faltar que no tienen otro interés que el de referirse á escenas que han encantado nuestros ojos.

Las que forman el rico tesoro de mis recuerdos son tales, que recorriendo el cuadro entero de las alegrías y los dolores que á ellas van unidos, apenas existe una sensación que yo pueda separar de la muger á quien amo, que no hayamos experimentado juntos. Cada sitio de las ciudades en que la he visto, representa una página grata ó penosa de las memorias de nuestro amor; las casas en que ha vivido, las calles que hemos atravesado juntos, los paseos que hemos frecuentado, los espectáculos, las fiestas á que hemos concurrido, la música que hemos escuchado, llevan unida á sí un testimonio indeleble de nuestra santa alianza, reproducida con sus mas nimios detalles. Juntos hemos visto aparecer la aurora y ponerse el sol; desde que recibí su primera carta no recuerdo haber contemplado una sola vez el crepúsculo de la tarde sin acordarme de ella, sin enviarla un suspiro de lo mas íntimo de mi alma; reunidos hemos pisado la yerba de las praderas

enlazados nuestros brazos nos hemos perdido bajo la bóveda de los bosques y subido á las alturas mas escabrosas, en cuya cima hemos respirado la brisa de la mañana; reposando sobre las peñas cubiertas de césped, hemos gozado del perfume de las flores y cambiado la zarza rosa y la siempreviva, que ella me ofrecia como emblema de nuestro amor: un mismo fuego nos ha dado calor; un mismo manantial ha surtido nuestro baño; hemos gustado el propio manjar partido con su boca para darne la mitad; mil veces hemos tenido el mismo pensamiento y le hemos expresado á la vez con la propia frase; yo he visto al viento de la tarde jugueteando con sus cabellos, mientras contemplábamos el curso del agua en una tarde de primavera; á un tiempo mismo hemos fijado nuestras miradas en la luna, atravesando el campo el uno junto al otro ó apoyados en cierto balcon y en cierta ventana desde la cual se descubria el azul del cielo: cobijados en un mismo punto hemos visto formarse y descargarse las tormentas; el río ha arrastrado en su corriente nuestros cabellos enlazados y confundidos; situados uno al lado del otro hemos recibido en el templo la bendición del sacerdote; los dos hemos trazado nuestros nombres en las ruinas de los monumentos, en los troncos de los árboles y en las arenas del mar; mas de una noche he pasado á la cabecera de su cama, velando su sueño en medio del silencio, su mano entre las mias, recostada mi cabeza sobre su almohada, confundido nuestro aliento, solos en el mundo sin mas claridad que los débiles reflejos de una luz tibia colocada á larga distancia, sin mas rumor que el de su respiracion agitada por la fiebre y el de nuestros nombres pronunciados en voz baja, sin mas testigos que Dios, sin mas garantía que la de nuestro mismo amor, tan puro, tan espiritual, tan verdadero.

Nada hay, pues, en mi existencia que no la pertenezca, que yo pueda separar de ella.

¿Qué ha sido, preguntareis, de esa muger á quien habeis hecho dueña de vuestro destino?

La muger que yo amaba no existe.

Luego que desapareció, luego que huyeron las mas bellas creencias de mi corazón, encerré en él lo pasado, convencido de que no puede dar cabida á la realidad sin rebajarse; me formé una existencia ficticia y asisto á la vida como un espectador cómodamente colocado; á la sociedad le basta con esto, á mí me queda algo mas, que para ella seria ridículo, que para mí es un tesoro sagrado; yo busco frecuentemente la soledad para repasar á mi placer los objetos que guardo como un avaro, leo mil veces sus cartas, me trasporto á los

días en que se trazaron, y al contemplar los dobles de unas y los rasgos al lápiz de otras, recuerdo las circunstancias en que se escribían, y creo sentir en mi mano el contacto de la suya al deslizarse el papel; una coleccion de flores marchitas, de varias clases y de distintos climas, forman casi la historia de mi amor: esta la cogió de su pecho para colocarla en el mio, esta otra estaba en sus labios cuando me la dió; la zarzosa es de un paseo solitario y frondoso, el lirio le cortó en la cima de una montaña, esta hoja estraña la tomó una mañana de un delicioso jardín á hurtadillas del guarda que le celaba, este trozo de musgo le arrancó de una peña para que no me olvidase jamás de ella, este velo cubria su rostro la primer vez que estuvimos solos en una altura, este pañuelo fué un robo que yo le hice cuando necesitaba una prenda suya y no osaba pedirselo, este otro está empapado en las lágrimas que por mí vertió un día, este rizo le cortó para mí de sus cabellos, esta mariposa la cogimos juntos en un día solemne.

Tal coleccion de objetos, indiferentes para el mundo, preciosos para mí, son testimonios de combates increíbles, de dulces sacrificios; despiertan en mí multitud de pensamientos y presentan á mi memoria el vasto panorama de los sitios que hemos visto, de todos esos nidos en que hemos proyectado tantas veces ocultar nuestra existencia.

Sucedió que un día, mucho tiempo después de haber perdido á la muger á quien amaba, creí por un momento hallarme en presencia de ella; pero pronto conocí mi error; no era, no, la que habia amado, porque en aquel instante no sentia amor hacia ella, y yo sin embargo amaba con todas las fuerzas de mi alma; no tenia el mismo nombre, no tenia la misma fisonomia, ni la misma expresion en su semblante; aquella mirada tan dulce que penetraba el corazón se habia perdido; su voz antes tan suave, era mas sonora, mas serena y reposada; aquella sonrisa que me indemnizaba de mis padecimientos no existia ya; la muger que yo amaba perfumaba sus cabellos con un aroma de heliotropo, que parecia identificado con su aliento, los de esta especie el perfume de que usan otras cien mugeres. En vez de amor sentia odio hacia la que podia ser su misma imagen, pero para mí era una profanacion de la otra; cuanto mas la contemplaba, menos podia amarla; cuanto mas amor guardaba mi corazón para la que no existia, menos podia sentir para la que parecia reemplazarla. Y es que todo lo que tiene en mí facultad de amar está reconcentrado en mi alma para consagrarlo á la muger cuyo recuerdo me sostiene. Mi amor se comió el sol, que aspira hasta en el cáliz de las flores las mas pequeñas gotas de

rocio, para reunir las en una nube que trae la tempestad. La que yo habia amado era la hija hermosa y poética de mi imaginacion, la creacion de mis ensueños de niño que yo creia ver realizada; la que yo encontraba después de un cruel desengaño, era una muger vulgar como todas las mugeres, menos aun, porque alucinándome primero en los momentos en que me habia traicion, calumniándome después, insultándome mas tarde, habia probado que no tenia corazón.

Pasado sin embargo aquel momento en que sucesivamente sentí despertarse en mí menosprecio y odio, entregado á solas á mis pensamientos, fuéron gradualmente desapareciendo aquellas impresiones, y tomando la muger de ahora las formas de la de ayer ó tal como esta aparecia, me formé involuntariamente la ilusion de que era la misma la que yo habia amado, la que amo aun: fuera ó no igual á lo que era antes, el amor que hace tiempo ha reemplazado á la sangre de mis venas se reveló en mí y la amé casi con el mismo delirio que á la muger perdida. Recordé que nuestras almas estaban unidas para siempre de una manera indisoluble, y olvidé la diferencia que hubiese entre lo que habia sido y lo que es la muger amada. No ví en ella mas que una, y yo acepto hasta la vergüenza, el oprobio y el fango, si ella se encontrase en el fango, en el oprobio y la vergüenza.

Siga en el estado de tranquilidad en que pasa dulcemente la vida, sin un pesar, sin un recuerdo, pronta á ofender, á herir, si así lo exige el capricho del momento; mi corazón todavia rebosa en amor, no hay forma de extinguir en él esta pasion que es á un tiempo su alimento y su torcedor.

Ella me pertenece como yo la pertenezco por toda la vida; hay un sitio á la orilla del mar, hay un rio caudaloso, hay una montaña elevada que atestiguan tres juramentos solemnes. Triste ó alegre, dichosa ó desgraciada, pensando en mí ú olvidándome, es mia, porque la he comprado á costa de la tranquilidad de toda mi vida, porque la suerte ha formado el lazo que nos une; sus lágrimas, sus sonrisas, sus caricias, todo es mio; mis labios frios irán á recoger en los de su hijo los besos que le dé y que me pertenecen.

Me basta con saber dónde está; me basta con ir á ver de lejos el tenue resplandor de la luz que arde en la habitacion donde ella reposa serena y tranquila.

Viviré de mis recuerdos y hasta seré feliz; tengo muchos aniversarios que celebrar, muchos días que repasar en la imaginacion.

Memoria, bendita seas!

A. DE LACROIX.

INDICE.

ARTÍCULOS.

Sucesos de actualidad.

Un año que concluye y otro que empieza, por Calimaco, página 10.—Fiestas reales, por D. Gabriel Estrella, 46.—Fiestas reales, 79.—Gran baile de trajes de la reina de Inglaterra, 85.—Asesinato del general Brea y del capitán Mangin, 96, 106.—Fiestas reales, 103.—Entrega de una espada de honor al duque de Montpensier, 115.—Coronacion de Souloque, 214.—Sucesos de actualidad, 237.—Sucesos de actualidad, 273.—Sucesos de actualidad, 284.—Entrada de los duques de Montpensier en la Coruña, por D. Daniel Carballo, 329.—La estatua de Jovellanos, por Don Antolin Esperon, 378.—Los Duques de Montpensier en Galicia, por Don Antonio Neira de Mosquera, 433.—Bendición de la fortaleza de Isabel II, 449.—Sucesos de actualidad, 50.—Exposicion de pinturas en 1852, por D. J. L., 489.

Viajes.

Un paseo desde el Tajo al Rhin, por la señorita Doña Carolina Coronado, páginas 5, 18, 38, 66 y 78.—El Rubio de Namur, por Enrique Hischokre, 14, 22, 30, 38, 58, 70, 86.—Estado actual del Egipto, 35.—Baños en Italia, 47.—Recuerdos de Nuestra Señora de París, 86.—Horseguards, 111.—Genoveva, por Malek el Almanzori, 124.—De Gibraltar á Lisboa, viaje histórico, por D. José de Espronceda, 210.—Mont-Saint-Michel, 230.—La Feria de Leipzig, 236.—El Rhin, 232 y 275.—Un paseo por Londres, 284, 292, 304, 312, 332 y 340.—Los viajeros modernos, 296, 298, 315, 379, 407 y 415.—Baños de Fitero, por D. M. Romero Somolinos, 309.—Fiestas indianas, 310.—Las Caldas de Priorio, por D. Antolin Esperon, 321.—Rusia, el Cazador de osos, 325 y 336.—Escuela militar de París, 432.—Monte-Cristo, 433.—Recuerdos de Méjico, por el conde de Regla, 439.—Museo de carruajes históricos de Versalles, 441.—Recuerdos del Brasil, por D. A. Magariños Cervantes, 437.—Costumbres hospitalarias de Oriente, 465.—Escuela de caballería de Saumur, 466.—Castillo y torreón de Vincennes, 468 y 476.—Arco triunfal de la Estrella en París, 478.—Palacio nacional de los Inválidos en París, 478.—Fortificaciones y puertas de Nancy, 479.—Fortificaciones romanas del Mans, 479.—Columna de Vendome en París, 479.—Iglesia de la Magdalena en París, 486.—Fuente del Espíritu Santo, 486.—Relacion de un viaje al Japon, 490.

Biografías.

La reina Victoria y el principe Alberto, página 50.—El emperador Nicolás, por el señor marqués de Tabuérniga, 53.—Vida de Franklin, por Mignet, 67.—Una visita á Pio IX en el real palacio de Pórtico, por D. José Gutierrez de la Vega, 74.—Vida de Franklin, por Mr. Mignet, 75.—Lola Montes, 75, 85.—Tomás Moore, poeta inglés, 115.—El cardenal Cisneros, 326, 337.—Manuela Rosas, por D. José Mármol, 133, 166.—Rosas y Luis XI, por D. A. Magariños y Cervantes, 173, 185.—Conde Das-Antas, 235.—Estudios Biográficos: El Arétino, por D. Vicente Barrantes, 303.—Anécdotas de la vida de Mozart, 327.—Dido, por Don Feliciano Lopez, 334.—Biografía extranjera: Boileau Despreux, 358.—María Teresa, 359.—Biografía extranjera.—Noticia de algunos hijos ilegítimos, 347.—Fenelon, 361.—Flora Fabri, por Mr. Victor Hervin, 377.—Cuestion histórica sobre quién fué madre de D. Juan de Austria, 383.—El duque de Bailen, por D. Eduardo Gasset, 383.—Madama Adelaida, 401.—Elogio de D. Enrique de las Marinas, por Adolfo de Castro, 410.—D. Joaquin Marqués Lisboa, capitán de fragata, de la marina brasileña, 417.—D. Rodrigo Calderon, por D. Vicente Barrantes, 402, 418, 426.

Ciencias, invenciones, descubrimientos.

Descubrimientos científicos é industriales de 1851, página 11.—Daguerre: del Daguerrotipo y de la Fotografia, 23.—Ciencias, 83, 239, 244, 282, 320.—Incendios, 103.—Objeciones al sistema de Copérnico, por D. Francisco Perez Ruiz de la Ginebrosa, 231.—Astronomía: del movimiento de los planetas, por D. P. A. C., 238.—Nuevo método de construir el cartabon ó escuadra de agrimensur, por D. A. Benavides y S., 263.—Sustitucion del hierro á la madera para la construccion, por D. M. S., 271.—Telégrafo eléctrico submarino, 342, 360.—Nuevo estampado sobre loza, 383.—Revista científica, 386.—Las maravillas de la ciencia, 487.

Estudios diversos.

Seguridad pública, por D. Manuel de Burgos, página 75.—Civilizacion del antiguo Oriente, por D. Gerardo Vazquez, 191.—Estracto de la

historia de Inglaterra, por D. Sebastian Miñana, 226.—Ferro-carril de Langreo, por D. Antolin Esperon, 233.—Cromwel disolviendo el parlamento, 236.—Sobre el carácter del feudalismo en España, por D. Alberto Lista, 261, 279.—El simbolismo caballeresco, 265.—Conspiracion llamada del tesoro contra Jacobo de Escocia, 299, 307.—Ferro-carriles: Galicia, por Don Antolin Esperon, 374.—Ordenes religiosos, por D. José Fernandez Llamazares, 303.

Exposicion Universal en Londres.

Exposicion Universal, páginas 15, 15, 23, 32, 39, 47, 63, 74, 87, 103, 119, 121, 128, 130, 144, 152, 160, 168, 184, 192, 208, 216, 231, 240, 241, 249, 257, 259, 273, 281, 288, 289, 291, 297, 302, 305, 310, 320, 321, 324, 327, 330, 337, 339, 343, 347, 352, 361, 368, 369, 376, 391, 401.—España en la Exposicion, 18, 23, 33, 41, 62, 63, 75.—La China en la Exposicion, 33, 42, 62, 86, 133, 161, 171.—Exposicion de Londres: Suecia y Dinamarca, 82.—Bélgica en la Exposicion, 103.—Exposicion de Londres: Holanda, 115.—Exposicion de Londres: Persia, Tunez, 146.—Exposicion de Londres: Prusia, Hesse, Francofurt sobre el Mein, 183, 195, 204.—Exposicion de Londres: Austria, 209, 217, 232.—Examen filosófico de la Exposicion Universal, 88.

Bellas artes.

Arquitectura, por D. M. J. B., página 106.—Arquitectura, 114.—Escultura asiria, 260.—Pintura por D. J. L., 452.—Exposicion de pinturas en 1852, por D. J. L., 489.

Crónicas y mejoras de Madrid.

Crónica Matritense, por el Cronista, páginas 3, 42, 81, 130, 169, 217.—La villa y corte de Madrid á mediados del siglo XVIII, por D. R. de M. Romanos, 42, 54.—Pensamientos sobre Madrid, por D. Nicolás Malo, 62.—El fastidio, revista de Madrid, por Catalina, 322.

Revistas.

Revista de modas, 91, 125, 223, 243, 291, 464.—Revista de París, 274, 471.—Revista de teatros, por D. F. Montemar, 7, 50, 46, 74, 82, 107, 131, 165, 187, 206, 246, 278, 444, 427, 473, 303.—Crítica musical, por D. F. A. Barbieri, 90.—El pianista Gottschalk, 231.

Crítica literaria.

Introduccion, página 1.—Crítica literaria, por D. Manuel Cañete, 6.—Crítica literaria, por D. J. Heriberto Garcia de Quevedo, 95.—Historia de D. Agustin Argüelles, 19.—Crítica literaria, por D. Manuel Cañete: Apuntes sobre la teoria del arte dramático, 26.—Al director de la Ilustracion, carta por D. Gavino Tejado, 34.—Bibliografía, 92.—Bibliografía, 111.—Al periódico de Londres The Illustrated London News.—Crítica literaria, 134.—La ley de Raza, por C., 170.—Animales célebres, 171.—Crítica literaria, por D. V. Barrantes, 246.—El doncel de Don Enrique el Doliente, 255.—Bibliografía: Gran Diccionario de la lengua española, por D. Adolfo de Castro, 447.

Establecimientos notables.

Vista del establecimiento de La Ilustracion, Semanario, Novedades y Biblioteca Universal, por los señores Urrabieta y Redondo, página 4.—Salon de máquinas y prensas de La Ilustracion, Semanario, Biblioteca y Novedades, por los señores Tomé y Murcia, 9.—Plan y proyecto de un teatro de ópera, dos grabados, 17 y 18.—Prensa monstruo de vapor, 52.—El cercado de lilas inmediato al observatorio de París, 169.—Almacenes y fábricas de perfumierias y jabones de la casa Violet en París, 442 y 443.

Literatura.

A la reina herida perdonando el reo, octavas por la señorita Doña Carolina Coronado, página 49.—El 2 de febrero de 1832, por D. J. Heriberto Garcia de Quevedo, 50.—Goethe y la filosofia alemana, por Calimaco, 67.—Shakespeare y sus contemporáneos, 203.—Goethe, por el señor F., 219.—Salmo de Benedetto Marcello, 251, 264.—Fragmento de unos estudios acerca del drama político en nuestros días, por D. Manuel Cañete, 333.—Instruccion para el arreglo de teatros, 343.—Idilios de Gesner: el primer navegante, 333, 367.—Poesias inéditas, 369.—Filología, ensayo sobre las preposiciones, por D. Francisco Seijas, 403, 442, 467, 482.—La emulacion, oda por Don Francisco Flores Arenas, 411.—Poesía.—Elocuencia, por D. Antolin Esperon, 423, 449, 463; 475, 497.

Amena literaria.

El Arbol de la vida, por D. P. A. Cardaño, página 4.—Los vendedores y el alboroto, 4.—Los elementos vencidos, 7.—La cuerda del ahorcado, 11.—Amor, pipa y hojuelas, 11.—Fenómenos engañosos, 16.—Un pobre enfermo, 19.—Cantos populares de Dinamarca, 23, 213, 235.—El amor de la patria, por D. Antolin Esperon, 26.—Descripcion geográfica del reino de la poesia, 19, 29.—Anécdotas, 35, 42, 67.—Sentimiento humanitario de Luis XIV, 35.—El buen consejo, 35.—Diario aéreo de un caballo, 35.—El invierno, por D. P. A. Cardaño, 44.—Pereza, 51.—Barnum y Lola Montes, 51.—Origen de los cafés en París, 51.—Cantos populares de Suecia, 52, 219, 225, 245, 279, 283.—Cantos populares de Finlandia, 52.—Recuerdos del placer, 55.—Las mugeres en la China, 55.—La Magdalena, por D. P. A. Cardaño, 55.—Moda nueva, 62.—Los caballos de Sahara, 63.—Congreso de la Paz, 79.—Ni tanto ni tan poco, por D. E. C., 83.—Caso de longevidad estraordinaria, 85.—Año bisiesto, 102.—Perros Carlines, 103.—Para viajar por el aire, 105.—La Sonámbula, 107.—El gran Trianon, 119.—Higiene moral, 119.—El Sueño, por D. Primitivo Andrés Cardaño, 122.—La música de Boccherini, 125.—La Cruz, 129.—Un Recuerdo, por D. José de Espronceda, 136.—El espía sin saberlo, 133, 147.—Un buen mismo, 148.—Principio y fin de los mundos, 151.—La primera flor, por D. P. A. Cardaño, 134.—Dolores de corazón, por D. Miguel de los Santos Alvarez, 162.—Suplicio de María Stuardo, 165.—Civilizacion del antiguo Oriente, por D. Gerardo Vazquez, 174.—Paso del Monte de San Bernardo, 175.—Batalla de Arcola, 175.—Después de la boda, 175.—El Hortelano de París, por el conde Ramsault, 175.—A los poetas, por D. Fernando Garrido, 193.—El muerto vivo, por T., 199.—Un pintor de muestras, 204.—Lavaderos de oro, 207.—Un drama en el océano Pacifico, 207.—Máquina para picar tabaco, 207.—Saludables máximas, por D. Pablo Ortega y Rey, 210.—Al anochecer, por D. P. Andrés Cardaño, 211.—La Córcega, la caza y los bandidos, 218.—El Hipopótamo, 222.—Pesca del bacalao, 224.—La tempestad, por D. Primitivo A. Cardaño, 250.—Los anuncios en Alemania, 254.—Médicos pontífices, 253.—Rótulo notable, 253.—Un matrimonio en la India, 257.—Estadística agricola, por el conde de Ramsault, 259.—El cementerio á la orilla del mar, 245.—Curiosidades inglesas, 247.—El leon enamorado, 247.—Toros, 253.—Un cementerio á la orilla del mar, por Ch. Dickens, 255.—La Malaria, 255.—Una historia como hay muchas, por D. Pablo Ortega y Rey, 283.—Antigüedades: las ciencias en los siglos venideros, por D. P. A. Cardaño, 290.—Sobre si las mugeres pueden hablar sin lengua, 295.—El Oso Marco, 296.—Veranos célebres, 291, 299.—Los principios de un artista, 302.—Arte contra arte, 302, 306.—Introduccion del café y del tabaco en Constantinopla, 311.—Las brujas de Montigni, por C. O., 313.—Efecto de la música en una serpiente, 313.—A las lectoras, por D. Antonio Cánovas del Castillo, 330.—De la influencia del caballo en los destinos de la humanidad, por D. F. Figuera, 322.—Pensamientos, 327, 333.—Visita del doctor Kraft rey de Ousabarua, 334, 345.—Las mugeres, por Catalina, 346.—La batalla de Lepanto, por D. José María Villanueva, 331.—Breve historia de la Orden de San Juan de Jerusalem, 334, 350.—Gustos gastronómicos de algunos personajes célebres, 339, 367, 414, 419.—Remedios para varios inconvenientes que alteran la hermosura, 359.—Una madre holandesa, por D. Jacinto de Salas y Quiroga, 364.—El Abad de San Gall, 367.—La Corona de Hungría, 368.—Los tríos de Chenizelles, por A. de Musset, 373, 384, 386.—Monografía del suspiro, por D. S. Casilari, 379, 400.—Sobre la tumba de... Meditacion, por D. P. A. Cardaño, 391.—Las palabras, 427, 448, 454.—Pesadilla, por D. S. Casilari, 438, 433.—Ordenes religiosos, por D. J. Fernandez Llamazares, 438.—Remedio contra la hidrofia, 439.—Historia de Siete Sortijas, por D. Carlos de Pravia, 462, 466.—Los Niebelungen, 464.—El horóscopo de Catalina de Médicis, 466.—Dichos de autores notables, 473.—El precio de un medicamento en Saboya, 479.—Los pájaros sobre las torres: fantasia histórica, 492.—Mohumoute; memorias de un gato, garrapateadas por el mismo, 495, 501.—Escrnicidad, 503.—Valentin, 509.—El aniversario, 510.

Costumbres.

Matrimonio de especulacion, página 7.—El escritor y el mundo, por D. V. Barrantes, 10.—La Viuda verde, por el Baron de Illescas, 27.—La calle del Desengaño, por Yago, 43.—Retratos, biografías, prólogos y dedicatorias, por el Baron de Illescas, 402.—Don Manolito el Filántropo, por D. Leon V. de Bustamante, 422 y 445.—La Luna de Miel, por Don V. Barrantes, 431.—Los huéspedes, por el Baron de Illescas, 435.—De

a influencia de las construcciones modernas en la literatura, por Velisla, 199.—El Cabalista, por D. Zacarias Acosta, 215.—Revista de baños, 234.—Los primeros amores, por D. Z. Acosta, 238.—Los encargos, por el Barón de Illescas, 239.—Patología del amor, por D. José María Larrea, 318 y 335.—El ensayo de un drama, por D. Luis Rivera, 330.—La Rondeña, por D. J. M. Bremon, 347.—Una velada en Triana, por D. Juan Miguel de los Rios, 358.—Una tertulia, por D. José María de Larrea, 358.—Mañanas de la Granja, por Velisla, 392.—Azores de un viaje, 425.—Boceto de costumbres, por D. Vicente Barrantes, 425 y 457.—Una escena conyugal, comedia, 495.

Novelas.

Agonias de la corte, por D. M. de los Santos Alvarez, 90, 114, 153, 146.—Una muger como hay muchas, novela, por D. Vicente Rodriguez Varo, 93, 110, 115.—Emperatriz por el Canto, 111.—Cartas á un ángel por un hombre, 122, 155, 206, 241, 282, 305.—Cartas á un hombre por un ángel, 143, 161, 221, 270, 297.—Joraique, novela original, 126, 158, 150, 153, 163, 178, 187, 195.—Principio de una historia, por D. M. de los Santos Alvarez, 187, 194, 205.—Una aventura nada extraordinaria, por D. Vicente Rodriguez Varo, 207, 211.—Amor después de la muerte, por Aktin Elpidos, 242.—Una actriz, 250.—La loca de San Guiliiano, novela por D. Eugenio Martinez Cuende, 278.—El escribano Martin Pelaez, su parienta y el mozo Lainez, por D. Antonio Ros de Olano, 274, 287, 289, 305.—La perla del Turia, por D. Francisco J. Orellana, 286, 292, 298, 403, 415.—La venganza: páginas de un diario, por D. R. Rúa Figueroa, 294.—Una herencia, cuento, 314, 324, 333, 340, 349, 366, 379.—El castillo de Dunstan, crónica escocesa, 359.—Libro de memorias de Elisa, por D. Antonio Ros de Olano, 362, 395.—Querubin y Celestino, por A. Dumas, 371, 382.—Bernardo, historia para cazadores, por A. Dumas, 419.—Blanca de Beaulieu, por A. Dumas, 450, 460.—El ladron maestro, cuento popular, por D. L. M. y R., 474.—La Virgen de Nines, por D. Ramon Ortega y Frias, 481.—Alina, historia del siglo XIII, 498.—La Camelia Blanca, 499.—Un corazon de niña, 506.—Alina, 501, 504.

GRABADOS.

Escenas de actualidad.

Ceremonia de la presentacion de S. A. R. la princesa en la capilla de palacio, página 55.—Aspecto de las inmediaciones de San Pablo en Londres, en la temporada de la Exposicion Universal, 56 y 57.—Reunion en Mansion-Housse, 63.—Monumento erigido en el Prado, 76.—Iluminacion de la Plaza de Oriente, 76.—Fiestas reales: Arco de la Plaza del Congreso, 76.—Luz eléctrica colocada en la plaza de armas de Palacio, 76.—Encabezamiento alegórico de la descripcion de las fiestas reales, por los señores Urrabieta y Villaplana, 76.—El Alcázar de Segovia reproducido en elcuartel de artilleria, 76.—Varios grabados de las fiestas reales, 76, 77.—Castillo levantado junto al cuartel de Ingenieros, 76.—Monumento erigido en la Puerta del Sol, 77.—Agujas construidas en la calle de Alcalá, 77.—Decoracion del palacio de Congreso, 77.—Arco erigido en la calle de la Almudena, 77.—Gran baile de trajes de la reina de Inglaterra, 88.—El retrato de S. M. la reina paseado por las calles de Barcelona, 105.—Obelisco dedicado á S. M. la reina y á la princesa de Asturias, 235.—Festejos en Canarias por el señor M., 237.—Vista de las inmediaciones de la Plaza de Toros á la hora de entrada á la gran corrida del 4 de julio, por los señores Ribelles, Pizarro y Sierra, 273.—Vista del puerto de Mahon á la entrada de SS. AA. RR., 281.—Entrada de SS. AA. los duques de Montpensier en la Coruña, por los señores Pizarro y Severini, 321.—Arco erigido en la Coruña á los duques de Montpensier por el Liceo de Artesanos, por los señores Pizarro y Murcia, 351.—Pila bautismal de porcelana, 383.—Copa regalada por los duques de Montpensier á la catedral de Santiago, por el señor Cruz, 435.—Vista de la fortaleza de Isabel II en el dia de su inauguracion, 441.—Nuevos buzones de Correos, 473.

Retratos.

Daguerre, página 24.—La reina Victoria, 25.—El principe Alberto, 25.—El rey Othon, 49.—Lola Montes, 77.—Victor-Hugo, 78.—Franklin, 83.—Ricardo Corazon de Leon, 164.—Larrochejaquelin, 153.—Tancredo, 163.—El principe de Metternich, 195.—Napoleon, 208.—La reina Margarita, 215.—Madama Viardot Garcia, 240.—Mr. Robert, 240.—Moliere, 264.—Mademoiselle de la Valliere, 263.—Thomas Guy, 333.—Fenelon, 361.—El duque de Bailen, 388.—Madama Adelaida, 401.—Don Joaquin Marqués Lisboa, 417.—Mr. Proudhon, 425.—El general Cavaignac, 429.—Alejandro Dumas, 440.—El mariscal Bassompierre, 468.—El mariscal Rantzaw, 469.—El duque de Enghien, 472.

Viajes.

Elefantes uncidos, 497.—Búfalos uncidos, 500.—Caza del tigre con ayuda de los elefantes, 501.—Servicio de camellos, 500.—Columna de endome, 494.

Objetos varios de la Exposicion Universal de Londres.

Vista del departamento de los productos de España en la Exposicion Universal, por los señores Urrabieta y Vierge, página 13.—Exposicion Universal: objetos varios, 16.—Mesa para escribir, 20.—Exposicion Universal: espada toledana, 20.—Diseño de una guitarra, 20.—Máquina agrícola, 21.—Trasparente, 21.—Espejo y consola, 21.—Copa de cristal, dos grabados, 21.—Gran taza de Malaquita del principe Demidoff, 24.—Gran aparador y sillones, 25.—Necessaire, 32.—Azulejos españoles, trajes valencianos, 32.—Azulejos españoles, real sitio de la Albufera, 32.—Azulejos españoles, la jota Valenciana, 32.—Copa de Malaquita, 33.—El Amor, 36.—Velador, 36.—Pórtico de porcelana de Sevres, 36.—Servicio de mesa, 37.—Copa de marfil, 37.—Frascos, 37.—Tapiz, 37.—Varios grabados, 37.—Bomba para incendios, 44.—Máquina de aire, dos grabados, 44.—Jarro de plata, 44.—Organo armonium, 44.—La Virgen y el niño, 44.—Aritmómetro perfeccionado, 44.—Máquina electro-magnética, 45.—Caballote giratorio, 45.—Copa de madera, 45.—Grúa de transporte, 45.—Regalo hecho á Lord Ellemboroug, 48.—Sillon de tapiceria, 56.—Grupo de fuerza, 56.—Europa: canastillo de flores, 56.—Camafeo, 56.—Diamante azul, 56.—Pulsera, 56 y 57.—Pebeto, 57.—Estatua ecuestre de Napoleon, 57.—Asia: canastillo de flores, 57.—Chal de Cachemira, 68.—Vaso etrusco, 68.—Vidriera pintada por Bertini, 68.—Fotografotropeo 68.—Mesa indiana, 69.

—Copas de cristal, 69.—Estatua del general Marceau, 69.—Reloj por Mr. Jacobo London, 69.—Máquinas fumivora y locomotivas, 72.—Chimenea de Malaquita 81.—Sillas y sillón, 84.—Vaso esculpido en piedra, 84.—Bufete de madera esculpida, 85.—Candelabro y jarrones de plata cincelada, 85.—Servicio de plata cincelada para té, 85.—Estatua de Safo, 92.—Venus, 92.—Máquina oscilante de vapor, dos grabados, 92.—Máquina de vapor para buques, 92.—Mantel, 95.—Vestál velada, 116.—Mantel de Damasco, 116.—Cofrecillo, por Mr. Morel, 116.—Prometeo encadenado, escultura en marfil, 117.—Jarron para flores, 117.—La jóven con el arco, 117.—Servicio para té, 120.—El cazador y el perro, 120.—La astronomía, 120.—La ninfa lo y Baco, jarron para flores, 120.—Mueble de madera esculpida, 121.—Vidrios pintados por Mr. P. Lesaye, 124.—Copas antiguas, 124.—Copa oriental, 125.—Copa fundida, 125.—Copa oriental, 125.—Trombo-piano-forte, 125.—Vaso de barro cocido, 128.—Colmenas, 128.—Libros de lujo, 152.—Cruz de plata cincelada, 144.—Ángeles conduciendo á los inocentes, 152.—Máquina para triturar, 156.—Pabellon de hierro hueco, 156.—Seccion de la máquina de disco, 157.—Máquinas de disco para un buque de hélice, 157.—Máquina de vapor, 157.—Cerraduras de seguridad, 160.—Wagon cubierto, 160.—Llave de la cerradura de seguridad, 160.—Broche antiguo, 164.—Mesa dibujada por la duquesa de Sutherland, 165.—Escopeta, 163.—Bomba para sacar agua, 168.—Prensas de Mr. Dick, dos grabados, 168.—Máquina para batir manteca, 168.—Ventiladores para buques, 168.—Pistola al estilo gótico, 168.—Bufete por Mr. Sacindres, 175.—Espejo á lo Luis XV, 185.—Ventiladores de resortes, 188.—Reloj hidráulico, 188.—Grupo de dos jóvenes, 189.—Diadema, 189.—Caloríferos, 192.—Florero, 192.—Jarrones de porcelana, 196.—Muselina bordada, 196.—Reloj de MM. Howell, 201.—Servicio para café, 203.—Vinagera, 203.—Jóven india, 203.—Cofrecillo para alhajas, 205.—Broche antiguo, 212.—Piano para el pueblo, 212.—Jarrillo 212.—Biblioteca esculpida, 212.—Adorno de pecho, 215.—Salero de plata, 216.—Grupo de pesca, 216.—Grupo de caza, 216.—Argonauta y amazonas, 216.—Sillon, dos grabados, 217.—Cuadro de flores, 217.—El Giotto, 220.—Vaso de caza, 220.—Espejo, 220.—Chimenea de hierro colado, 220.—Estatua ecuestre de Godofredo de Bouillon, 221.—Chal de cachemira, 232.—Abanico, 232.—Eseritorio gótico, 236.—Hornos, dos grabados, 236.—Sillon régio, 236.—Organo, 237.—Cofre esculpido, 237.—Cofre á estilo oriental, 237.—Necessaire de viaje, 237.—Mechero, 237.—El leon enamorado, 241.—Jóven india depositando su lámpara en el Ganges, 253.—Cama de respeto, 261.—Pupitre de señora, 288.—Velador, 288.—Melodium, 288.—Organo, 288.—Sobrecchimenea, 288.—Gran sofá de tapiceria, 289.—Exposicion: departamento de Egipto y de Turquía, 297.—Exposicion: departamento de los Estados Unidos, 305.—Mesa de caoba, 320.—Neceser de viaje, 320.—Tapiz, 321.—The cristal palace, 335.—Porcelana de Sevres, 337.—Gran fábrica de tapices, 344.—Departamento de la India, 345.—La esclava griega, 349.—Pistolas de M. Devisme. Aparato para probar la pólvora, 352.—Escopeta de báscula, 352.—Pistola al estilo del renacimiento, 352.—Canoa del Canadá, 352.—Ariel dirigiendo el rayo, 353.—Calvi, 353.—Trasparente, 364.—Manteleria, 364.—Cristaleria, 365.—Vasos y puertas de Malaquita, 365.—Gran marco para espejo, 368.—Cofre para guardar alhajas, 368.—Alfareria del Zolverein, 369.—Nuevo estampado sobre loza, 377.—Copa de porcelana, 395.—Mascarones antiguos, 395.—Caja para té, 408.—Cofre de porcelana para guardar alhajas, 408.

Vistas.

Museo de Bellas Artes en Londres, página 41.—Monumento en conmemoracion de los duques de Ellenborough, 116.—El Rhin: Shaffousse, 235.—Hedelberg, 235.—Le Neckar, 235.—El Rhin: Ehrenfels, 276.—El Rhin: Pfalz, 276.—Rhenstein, 276.—Sonneck, 277.—El Chat, 277.—San Goar, 277.—Nueva administracion de correos en Londres, 280.—Santa Maria Le Bon, 280.—Mansion Housse, 280.—Goldsmiths Hall, 280.—El Banco de Londres, 280.—Guildhall, 280.—The Royal Exchange, 284.—Eax india Housse, 284.—London Stone, 284.—Puente Sontherrark, 284.—The Corn Echange, 284.—The Tower of London, 284.—The Royal Mint, 285.—The Auction Mart, 285.—The Monument, 285.—New Coal Echange, 285.—St. Stephens, 285.—Fishmongers Hall, 285.—The Custom Housse, 285.—Statue of William IV, 285.—London Bridge, 285.—The Temple Church, 292.—St. Bride Church, 292.—Strand Theatre, 292.—Temple Bar, 292.—St. Dunstan Church, 292.—Somerset Housse, 292.—The Chinese Junk, 292.—Somerset Terrace, 295.—Liccum Theatre, 295.—Ecter Hall, 295.—Adelphi Theatre, 295.—Waterloo Bridge, 295.—Statue of Charles the firts, 295.—The suspension Bridge, 295.—The Almiralhy, 304.—Statue of James II, 304.—Statue of Caning, 304.—The Trearmy, 304.—The Horse Guards, 304.—Westminster Hall, 304.—Statue of Pitt, 304.—Vista de los nuevos baños de Fitero, 309.—The new husses of parliament, 312.—Remarkable sculpture, 312.—Guy, Earl of Warwick, 312.—Housse of commons, 312.—The new Hall, 312.—The giant Dwarf, 312.—The british museum, 312.—Christ hospital, 312.—The Queen's Theatre, 315.—St. George's Church, 315.—The colosseum, 315.—Princess's Theatre, 315.—London University, 315.—Madame Tussand exhibition, 315.—Polytechnic institucion, 315.—Birmingham railway, 315.—Sadler's wells theatre, 324.—The nacional gallery, 324.—Her majesty's theatre, 324.—St. John Sgate, 324.—St. Bartholomew's, hospital, 324.—The Nelson column, 324.—Her majesty's theatre, 324.—The haymarket theatre, 324.—The athenæum club, 324.—H. R. H. The duck of York, 325.—The York column, 325.—Sir James theatre, 325.—Burlington arcade, 325.—Mallborough housse, 325.—St. James's palace, 325.—Buckingham palace, 325.—Westminster Abbey, 332.—Vaushall gardens, 332.—The Royal Olimpie theatre, 332.—Drury lane theatre, 332.—The tomb of Edward and Eleonor, 332.—The Royal Olimpie theatre, 332.—Vauxhall Bridge, 332.—The Chapel of Henry VII, 332.—The royal Italian opera, 335.—The triumphal arch, 335.—St. George's church Bloomsbury, 335.—St. Sariom, 335.—The Egyptian hall, 335.—Wellington, statue, 335.—The Surrey theatre, 340.—Astley's 340.—Archbishop's residence, 340.—Surrey Zoological gardens, 340.—Westminster bridge, 340.—Greenwich, hospital, 340.—Bethlehem, hospital, 340.—Lambeth, palace, 340.—The dulwich gallery, 340.—The Victoria theatre, 341.—The Britannia salvon, 341.—The Pavillion theatre, 341.—Chelsea, hospital, 341.—The nacional Standard theatre, 341.—East Adelphi theatre, 341.—Grecian saloon, 341.—The City of London theatre, 341.—The Thamesis Tunnel, 341.—Vista interior de las galerias de San Huberto en Bruselas, 384.—Mont-Saint Michel, 432.—Escuela militar de Paris, 452.—Monte-Cristo: posesion de Mr. A. Dumas, dos grabados, 456 y 457.—

La Cascada de Regla en Méjico, 440.—Vista de Saumur, 465.—Torreon de Vincennes, 468.—Castillo de Vincennes, 468.—Vista del poligono, 469.—Columna de Vendome en Paris, 476.—Arco de la Estrella, 476.—Esplanada de los Inválidos, 476.—Estatua del emperador en la columna de Vendome, 477.—Monumento de la Magdalena, 477.—Puente del Espiritu Santo, 480.—Puerta de Nancy, 480.—Fortificaciones romanas de Mans, 480.—Castillo de Laval, 480.

Establecimientos notables.

Proyecto de un teatro de Opera, página 17.—Prensa monstruo de vapor, 52.—El cercado de Lilas inmediato al observatorio de Paris, 184.—Noticia histórica de los hospitales de España, por D. José Fernandez Llamazares, 201.—Fábrica nacional de Trubia, por D. Antolin Esperon, 214.—Vista interior de las galerias de San Huberto en Bruselas, 391.—Un paseo por el jardin de plantas de Paris, 406.—Instalacion del Museo de Pinturas en Cádiz, 409.—Almacenes y fábricas de perfumes, 411.

Tipos y escenas populares.

La diversion que proporcionan los fuegos artificiales, página 75.—La cuestion mas importante para la sociedad del dia, 80.—Los forasteros atraidos á Madrid por las fiestas reales, 80.—La vieja del Prado, por los señores Pizarro y Redondo, 85.—Las buhardillas en Madrid, 148.—Efectos de la economia de los caseros, 148.—Contribuciones indirectas, 149.—Máscaras sin careta, 149.—El ajuste en una casa de huéspedes, 176.—Demostracion del sistema de las compnaciones, 176.—El zapatero de portal y la doncella de labor del cuarto principal, 177.—Tarea diaria de un crítico de nuevo cuño, 177.—Gatuperio de un fondista cogido infraganti el dia de San Isidro, 197.—Las aceras de la Puerta del Sol al anocheer, 204.—Fortaleza y templanza, 204.—El hábito no hace al monje, 204.—A lo que han venido á parar las capas y los sombreros, 204.—A lo que han venido á parar los hombres y las mugeres en Francia, 204.—Cúchares preparándose para matar al toro, 249.—Un picador y su escudero, 256.—Querrela, 272.—Travesura, 272.—Escarmiento, 272.—Solul, 272.—Escenas de costumbres de Paris, 500 y 501.—Tipos de Paris: la aguadora, 508.—El artista y el labriego, 528.—Los dos sistemas, 528.—Primeras impresiones, 536.—Primer obsequio, 536.—Primera conversacion de amor, 536.—La Caridad, 535.—Tipos: á juicio de los críticos el retrato carece de nobleza, 589.—Tipos: apuros del que tiene que hacer un retrato con tales trajes, 589.—Tipos: importacion inglesa, 389.—Tipos: importacion francesa, 389.—Costumbres: mercancías ligeras, 392.—Costumbres: mercancías pesadas, 392.—Pesadilla de un actor la noche que ha hecho su primera salida, 400.—Satisfaccion que proporcionan al otro dia los elogios de un periódico, 400.—Triunfo de un poeta de liceos de provincia, 400.—Cuadro del consumo diario de papel de los aprendices de poeta en Madrid, 400.—La ambicion satisfecha, 404.—El taller de modista; cálculos ambiciosos, 404.—El lector de calle, 405.—El viajero económico, 405.—El cochero de provincia, 405.—El Alceides de calle, 405.—El conductor de diligencias, 405.—El jugador de manos en los Campos Eliseos, 408.—Los titeres en los Campos Eliseos, 408.—La leccion de declamacion, 480.—Escena de liquidacion de una compañía dramática en quiebra, 481.

Escenas diversas.

Experimento hecho en Paris de un procedimiento nuevo para apagar incendios, por Mr. C. G., página 1.—La fosa comun en el cementerio del padre Lachaise en Paris, 5.—Escenas y retratos de los asesinos del General Brea y del capitán Maugin, 96, 97.—Historia de Jesucristo, representada en grabados, 156, 157.—Toma de Jerusalem, 161.—Fuga de Saladino á través del desierto, 164.—Santiago de Maille, solo ya en el campo de batalla, rehusa rendirse, 165.—Paso del monte de San Bernardo, 184.—Confidencias de catorce á diez y ocho años, 200.—La reina de la hermosura en la aldea, 200.—Meditacion en el campo, 240.—La Malasia, 256.—La duquesa de Longueville en el Hotel de Ville, 264.—Cortejo de Luis XIV al ir al Parlamento, 265.—Caza del jabali, 395.—Vista de una audiencia publica en Francia, 409.—Las barricadas, 428.—Muerte de Monseñor Afre, arzobispo de Paris, en las barricadas, 428.—Bautizo del conde de Paris, 428.—Traslacion de las cenizas de Napoleon al cuartel de los Inválidos de Paris, 429.—Desembarco de Luis Napoleon, 429.—Escenas de Paris: la hora de entrada en el hospital, 456.—Luis XI pasando revista, 468.—Prision de Mirabeau, 469.—Latude en su calabozo, 469.—Tentativa de asalto al castillo de Vincennes, 472.—Dos grabados de los pájaros sobre las torres, 492.—Tres grabados del viaje al Japon, 492.—Dos grabados de Moumoute, 495.

Caricaturas.

Caricaturas, páginas 179, 229, 348576, 416.

Escenas de novelas.

Querubin y Celestino, ocho grabados, 374, 375, 380, 381.—Bernardo: historia para cazadores, ocho grabados, 420, 421, 424.—Blanca de Beaulieu, ocho grabados, 452, 453, 460, 461.—Moumoute, dos grabados, 504.

Grabados varios.

Grabados de la historia natural, páginas 108, y 109, 110.—La cruz, dos grabados, 129.—Animales célebres: el Leon de España, por los señores Pizarro y Burgos, 172.—Dragon y oso de Madrid, por el señor Pizarro, 172.—Babiaca, por los señores Pizarro y Burgos, 172.—Rocinante, por los señores Pizarro y Burgos, 172.—Lavaderos de oro 196.—Máquina para picar tabaco, 200.—Alegoría del mes de julio, 209.—Grabados que representan varios modos de anunciar en Londres, 244 y 245.—Los cuatro evangelistas, 455.—Museo de carruajes históricos en Versailles, 441.—Dos grabados de los tres mosqueteros, 448.—Anuncio de la Biblioteca Universal, 457.—Anuncio del Semanario, Ilustracion, Biblioteca y Novedades, 489.

Música.

Música: Redova, página 12, 60, 228.—Mazourka, con dos grabados, 100.—El arrullo, con dos grabados, 140 y 141.—Los ojos negros, con dos grabados, 180.—Polka, con dos grabados, 268.—Wals, con un grabado, 316.—Schottichs con un grabado, 336.—El tulipan, con dos grabados, 396.—Wals, con dos grabados, 444 y 445.—Polka con dos grabados, 484.

Figurines.

Nueve grabados, página 104.—Modas, 128, 208, 260, 296, 360, 464.—Seis figurines, 248.—Figurin, 496.

